

¿De qué  
le sirve  
al hombre  
ganar  
el mundo  
entero  
si se pierde  
a sí mismo?

Ejercicios de los universitarios  
de Comunión y Liberación

2006

DICIEMBRE

RÍMINI

CUADERNO



Huellas

¿DE QUÉ LE SIRVE  
AL HOMBRE GANAR  
EL MUNDO ENTERO  
SI SE PIERDE  
A SÍ MISMO?

---

**Ejercicios de los universitarios  
de Comunión y Liberación**

*Rímni, 8-10 de diciembre de 2006*



## INTRODUCCIÓN

---

**Julián Carrón**

A todos los que estamos aquí nos apremia una gran necesidad. Esto nos une, aunque vengamos de distintos lugares: hemos venido con la misma necesidad. Si tuviera que elegir una palabra para describir la situación en la que todos nos encontramos, sea cual sea el país de procedencia (aunque ahora estamos todos en Italia), sería “confusión”. No podemos usar otra palabra más que “confusión” para definir la situación en la que vivimos, la sociedad en que nos movemos; por ello, necesitamos claridad para vivir. ¿Qué nos suministran nuestros kioscos y la televisión? Un cúmulo incalculable de mensajes. Las contribuciones que nos habéis hecho llegar reflejan bien esta situación y cómo os apremia el deseo de certeza. Este deseo tan urgente demuestra que la confusión es enorme. Por tanto, necesitamos como el comer aclarar el camino, estar seguros de haber encontrado el camino justo.

Empezamos juntos nuestro trabajo en estos días mirando cara a cara toda esa confusión, sin miedo. Nos preguntamos: ¿existe algo que pueda resistir ante el embate de semejante confusión? ¿Hay algo que se mantiene en pie, que ni siquiera la confusión más tremenda puede derrotar? Toda la confusión no puede suprimir –es más, hace que emerja con mayor claridad– la exigencia que llevamos dentro, la impronta que tenemos grabada: exigencia de felicidad, de verdad, de encontrar un camino seguro, exigencia de entender el sentido del tiempo, del sufrimiento y de la vida. Toda la confusión del mundo no puede evitar que emerja el corazón. «El corazón –decía don Giussani en Padua, lo leímos en *Huellas*– es

el lugar de las grandes preguntas: la pregunta por la verdad, por la justicia, la pregunta por el amor, la pregunta –y esta resume realmente todo– por la felicidad. El corazón, en el lenguaje bíblico, es este lugar de las grandes preguntas al que se reduce en el fondo esa breve palabra, más breve y más importante que todas las que podamos decir: la palabra *yo*.<sup>1</sup>

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo?»,<sup>2</sup> ¿De qué le sirve si pierde su *yo*, su corazón?

Cada cual puede pensar lo que quiera, tener en la cabeza lo que le parezca, pero nadie quiere perderse a sí mismo. Ni toda la confusión del mundo puede eliminar ese deseo. Antes bien, cuanto más confuso se vuelve todo y más conciencia tomamos de esa confusión, tanto más evidente resulta esta exigencia a causa de la tristeza, la insatisfacción, la desorientación, la inquietud, o bien la plenitud que en ocasiones experimentamos.

En la intervención citada, don Giussani recuerda un capítulo del libro del padre Gemelli, *El franciscanismo*, que comenzaba con una “Q” que contenía en su interior «la silueta de San Francisco de Asís, con los brazos extendidos y el rostro mirando hacia el cielo, ante un perfil lejano de montañas, tras las que surgía el sol, y el pedúnculo de la “Q” era un pajarito. La “Q” con la que empezaba el capítulo daba también inicio a una frase escrita en pequeño a los pies de san Francisco [...]: *Quid animo satis?* ¿Qué le basta, qué puede saciar el corazón del hombre? El símbolo era claro: el hombre más ejemplar de la sensibilidad de nuestra estirpe, ante el panorama más bonito de la naturaleza y el sol naciente, sentía su alma abrirse de par en par, ensancharse, y sus brazos se abrían a imagen del sentimiento de su corazón. Parecía que nada faltase en aquel instante [en ese momento en el que todo era tan bello, tan abierto de par en par] y, en cambio, todavía faltaba todo. “¿Qué puede bastarle al alma humana?”. En efecto, el corazón del hombre es aquel lugar de nuestra existencia personal en el que comprendemos que somos ese nivel de la naturaleza en el que ésta se convierte en una necesidad de relación con el infinito. Antes de llegar a esto, todo se viene abajo; antes de llegar a esta orilla eterna e infinita, todo se derrumba, incluso el rostro de la persona amada se desdibuja, hasta lo que más creemos poseer se nos escapa de las manos y “más lo que más me plugo”, decía una poetisa amiga de Giosuè Carducci: “Y más lo que más me plugo”». <sup>3</sup>

Esta naturaleza que culmina en la necesidad de infinito, esta exigencia que llamamos “corazón” está tan arraigada en nuestra

humanidad que no podemos extirparla (¡y menos mal que la llevamos impresa en nuestro ADN!, porque, de lo contrario, nosotros mismos trataríamos de liquidarla). La confusión choca una y otra vez con este hecho anclado en nuestra humanidad, grabado en nuestra carne y nuestros huesos y, por ello, inextirpable: es un dato. La naturaleza –la carne, los huesos, las entrañas, las células– se torna en el hombre necesidad de infinito. Contrariamente a los animales, toda nuestra fisiología está planteada con esta misma apertura al infinito: está grabada a fuego en nuestra humanidad, por eso es inextirpable. Todos lo reconocen. «Todo yo soy una pregunta –decía Pasolini– a la que no sé responder».<sup>4</sup> Ningún nihilismo puede vencer esto. Podemos intentar pisotearla, olvidarla, podemos, como el “hijo pródigo”, irnos de casa, hacer lo que nos dé la gana, pero incluso allí, comiendo con los cerdos, no nos habremos librado de ella. No sólo el “hijo pródigo” sino toda «la filosofía es nostalgia, deseo de encontrarse por doquier como en la propia casa»,<sup>5</sup> escribía Novalis.

Ya que se trata de algo que nada puede derrotar, estamos ante una alternativa: o damos crédito a este “corazón”, a esta exigencia que nos constituye y que resiste ante cualquier confusión, o intentamos liquidarla. O le damos crédito o prevalece nuestra mentira. Como no podemos abolirla, lo único que sabemos oponer es nuestra mentira, una mentira reiterada, porque hay que negarla continuamente. El colmo de esta mentira es el odio a uno mismo, a ese deseo dado, objetivo, tan enraizado en mi humanidad que no puedo extirpar. Sin embargo, puedo odiarlo. «Un día –escribía Nietzsche– el caminante cerró la puerta tras de sí, se detuvo y pensó. Después dijo: “Esta inclinación, este impulso hacia lo verdadero y lo real, hacia lo no aparente, lo cierto, ¡cómo lo odio!”».<sup>6</sup>

El corazón se puede convertir en un enemigo al que abatir: «¡Cómo lo odio!». Pero no es ésta la única alternativa. Podemos dar crédito a este corazón, volver a contar con él, sea cual sea nuestra situación o el estado de ánimo con que hemos llegado hasta aquí: nadie, ningún poder de este mundo puede impedirlo. Podemos retomar el camino y volver a empezar el trabajo juntos con un acto de lealtad hacia nosotros mismos. Aunque llevemos un día o todo un mes sin interesarnos por nosotros mismos, nada puede impedir que lo hagamos ahora, que comencemos con un acto de lealtad a «mirar con simpatía lo humano que hay en nosotros, [...] a tomar en consideración lo que

verdaderamente somos. Considerar quiere decir tomar en serio lo que experimentamos, *todo*, sorprender *todos* sus aspectos y buscar *todo* su significado».<sup>7</sup>

Para recomenzar basta mirar con simpatía nuestra humanidad: es suficiente un instante de simpatía para volver a empezar. Esta mirada nos sitúa en una posición de espera, que es lo que nos ha traído hasta aquí, en lugar de dejarnos llevar por impresiones más o menos parciales. ¿Por qué hemos venido todos aquí? Por esta espera que nos define. «Cuanto más descubrimos nuestras exigencias, más cuenta nos damos de que no las podemos responder por nosotros mismos [...]. El sentido de *impotencia* acompaña toda experiencia seria de humanidad. [Y apenas miramos la experiencia empezamos a salir de la confusión]. Este sentido de impotencia genera la *soledad* [La soledad no es lo que solemos pensar reduciéndola a puro sentimentalismo]. La soledad verdadera no se da por estar solos físicamente sino por el descubrimiento de que no podemos encontrar una respuesta a nuestro problema fundamental ni en los otros ni en nosotros mismos. Se puede decir que el sentido de soledad nace en el corazón mismo de cada compromiso serio con la propia humanidad. [...] El que está solo en el desierto sólo puede esperar que venga alguien».<sup>8</sup>

Por eso este gesto –estar aquí juntos– nace de un juicio, tímido aún, todavía confuso, sobre nuestra vida como necesidad, como exigencia. Este gesto es una apertura de nuestro corazón a aquello por lo que merece la pena vivir. Comencemos, pues, a pedir en estos Ejercicios, tal y como somos. No hace falta que cambie nada: podemos pedir tal como somos, con nuestra humanidad, sin censurar nada, mirando con simpatía todo lo que bulle en nuestro interior, dejando fuera toda sombra de formalidad, como niños que llaman al pan, pan, y al vino, vino.

Pero para poder mirar nuestra humanidad sin miedo necesitamos una Presencia. «Sin una presencia el niño es una nada desesperada. Sólo tiene una diferencia con la nada: que está desesperado. Sin una Presencia el hombre sólo se distingue de la nada por su desesperación», observaba Giussani hace años. Por ello frecuentemente nos asusta mirar nuestra propia humanidad, y la única vía de escape es la distracción, la disipación continua, dejarnos en casa cabeza y corazón. Pero para reconocer esta Presencia hace falta energía, fuerza moral: de hecho, muchas veces nos resistimos a ella.



Para encontrar ayuda necesitamos a Otro, necesitamos una Presencia amiga. En eso se hace más patente lo que necesitamos de verdad. Sin esta Presencia buena, privados de esta Presencia, nuestro deseo “enloquece”, no sabe adónde ir, nos extravía aún más, nos lleva de acá para allá, puede explotar en cualquier momento. Como describe Gide: «Deseo, te he arrastrado por las calles, te he dilapidado en los campos, te he emborrachado en la ciudad, te he emborrachado sin quitarte la sed, te he bañado en las noches de luna llena, te he llevado por doquier, te he mecido sobre las olas, quise adormecerte sobre las olas del mar. Deseo, deseo, ¿qué puedo hacer contigo? ¿Qué quieres, pues? ¿Cuándo te cansarás?». Cuántas veces no sabemos qué hacer con nuestro deseo: nos lleva adonde quiere, nos arrastra por todas partes, está como enloquecido. Dentro de nosotros va creciendo una impotencia y no nos queda otra que esperar.

Pero Alguien ha salido al encuentro de nuestra impotencia. Esto nos ha sucedido a todos los que estamos aquí: Alguien ha salido a nuestro encuentro. Y sin embargo, ¡cuántas veces hemos pensado que también Él fracasa, que ni siquiera Él es capaz de saciar nuestro deseo, de atraernos y vencer la confusión! ¡No!, nos dijo el Papa, «Dios no fracasa. O para ser más exactos, al principio Dios fracasa siempre, deja hacer siempre a la libertad del hombre, que dice continuamente “no”. Pero la fantasía de Dios, la fuerza creadora de su amor es más grande que el “no” humano. Con cada “no” humano se dispensa una nueva dimensión de su amor, y Él encuentra un nuevo camino, más grande, para realizar su sí al hombre, a su historia y a la creación. [Esta historia ya comenzó con Adán]. Adán no estaba satisfecho de la amistad con Dios; era demasiado poco para él y quiso ser él mismo un dios. Consideró que la amistad era una dependencia y se creyó un dios, como si él solo pudiera existir por sí mismo. Por esto dijo no, para convertirse en su propio dios y de esta manera él mismo se despojó de su grandeza. Dios “fracasa” en Adán, y así aparentemente en el transcurso de toda la historia. Pero Dios no fracasa porque se ha hecho hombre volviendo a iniciar así una nueva humanidad; Dios inserta Su ser en el ser del hombre de modo irrevocable y desciende a los más profundos abismos del ser humano; se abajó hasta morir en la cruz. [...] ¿Qué significa esto para nosotros? Ante todo una certeza: Dios no fracasa. “Fracasa” continuamente, pero por eso mismo no fracasa, porque con ello nos da nuevas oportunidades de una



misericordia mayor, y Su fantasía es inagotable. No fracasa, porque siempre acaba encontrando nuevas maneras de acceder al hombre y abrir más su enorme casa hasta que esta se llene del todo. No fracasa porque no se sustrae a la perspectiva de invitar a los hombres a que se sienten en su mesa. [...] Dios no fracasa ni siquiera hoy. Aunque experimentemos tantos noes, podemos estar seguros de ello. De toda esta historia que empezó con Adán podemos concluir: Él no fracasa».<sup>9</sup>

Todos lo vemos. Somos todos testigos de que no ha fracasado: es más, estamos llenos de noes, de las innumerables veces que le hemos dicho que no; pero también somos testigos de cómo Él ha abierto otra vía para alcanzarnos. Hoy también con Su fantasía ha encontrado el modo de alcanzarnos. En estos días, con su fantasía única, buscará un camino para llegar hasta nuestro corazón; pidamos no esquivar esta iniciativa del Misterio que mendiga nuestro corazón.

## LECCIÓN

---

**Julián Carrón**

### **1. El problema de la certeza**

En este tiempo de gran confusión en el que vivimos, ¿qué problema emerge con más fuerza?, ¿qué es lo más urgente? El problema de la certeza: estar seguros de hacia dónde vamos y, para los que estamos aquí, tener certeza acerca de este camino, es decir, tener certeza sobre Cristo. Nuestro problema es la certeza sobre Cristo.

¿Qué quiere decir tener certeza sobre Cristo? ¿Cómo se alcanza esta certeza? ¿De qué está hecha? Escribe una de vosotros: «Ayúdame a profundizar en la certeza que tengo». Y ésta es sólo una de vuestras aportaciones que tratan de este tema.

«Yo, que –como estudiamos en la Escuela de comunidad–llego después de que Cristo se haya marchado, ¿cómo puedo saber de verdad si es algo que me interesa por encima de todo y cómo puedo saberlo con una seguridad razonable?». Ya hemos advertido que no es posible imaginar un problema más grave que este para el ser humano, sea cual sea la respuesta a esa pregunta. Para cualquier hombre que haya tomado contacto con el anuncio cristiano es imprescindible procurar alcanzar una certeza sobre un problema tan decisivo para su vida y la vida del mundo».<sup>10</sup>

En estos momentos es dramático y urgente el problema de la certeza, sobre todo por las características propias del tiempo que nos toca vivir, por el nihilismo que respiramos, por la incapacidad de mantenernos en pie ante las evidencias más elementales de nuestra experiencia y, por tanto, de poseer certeza en cualquier ámbito de la experiencia humana. Acusamos la pesada herencia y el

vacío, al que se vinculan una profunda debilidad afectiva y una extraña pereza de la razón. Y donde se debilita el juicio se debilita la capacidad de alcanzar certezas en la vida.

Don Giussani tuvo siempre la urgencia de profundizar en la razonabilidad de la fe: estaba convencido de que sólo una fe cargada de razonabilidad resistiría en un mundo como el actual. Por tanto, nada es tan importante en la vida como alcanzar esta certeza.

Pero debemos vérnoslas con una dificultad que complica mucho a la hora de llegar a la certeza. Estamos acostumbrados en el colegio, en la universidad, en el contexto en que nos hallamos a que sólo se tienen certezas usando la razón de un cierto modo. Así pues, esta dificultad tiene que ver con la relación entre conocimiento y certeza o, lo que es lo mismo, con un modo de concebir la razón y el uso de la misma, con una concepción del conocimiento que nos determina incluso sin darnos cuenta. Somos hijos de la «autolimitación moderna de la razón» de la que ha hablado Benedicto XVI en Ratisbona, que ha reducido el campo y la tarea de la razón a lo que es abordable científicamente. La razón científica se ha convertido en la única razón y su ámbito de acción se identifica exclusivamente con la realidad que puede ser interpretada en términos matemáticos y sometida al control del experimento: no es posible conocer todo lo que no se pueda transcribir o traducir al lenguaje matemático ni demostrar de forma experimental, pues pertenece al dominio de lo meramente subjetivo.

Este dogma del racionalismo científico es el aire que respiramos. Por eso nos cuesta tanto decir que existen otros tipos de conocimiento con los que podemos alcanzar certezas. Dice el Papa: «Sólo la certeza que resulta de la sinergia entre matemática y empirismo puede ser considerada como científica. Lo que quiere ser científico tiene que confrontarse con este criterio». Ya don Giussani había escrito en *El sentido religioso*: «Sólo en el campo científico y matemático [según esta mentalidad] se puede percibir y afirmar la verdad sobre el objeto. En otro tipo de conocimiento [...], en el problema del destino, en el problema afectivo, en el problema político, nunca se podrá alcanzar una certeza objetiva, un verdadero conocimiento del objeto».<sup>11</sup>

Consideramos “cierto” lo que se demuestra mediante el cálculo y se puede confirmar con un experimento. La esfera del auténtico conocimiento se reduce así a un pequeño campo de verdades formales y abstractas, con sus aplicaciones científico-técnicas. ¿Qué resulta de tal restricción y dominio del racionalismo científico?

Que la razón y el conocimiento no tienen relación alguna con la vida y sus cuestiones. Entonces, con este modo de usar la razón ¿cómo llegaremos a tener certeza sobre el problema que hemos de afrontar, que es el problema de Cristo? Es imposible. Éste es el desafío que el Papa nos lanzó en Ratisbona: si nosotros, que vivimos en esta situación cultural, queremos alcanzar un conocimiento verdadero, tenemos que ensanchar la razón, porque la realidad es más grande que la medida de nuestra razón y la razón no es un mecanismo, es “vida”, como dice don Giussani en *El sentido religioso*, y comporta métodos distintos según sea el objeto: sería algo irracional «ante la riqueza de lo real»<sup>12</sup> pretender usar el mismo método para realidades que se presentan irreductiblemente distintas.

Hay un método más originario y fundamental que precede y permite el método científico: consiste en la intelección del signo (*intus-legere*, leer dentro), es decir, en la capacidad de identificar los nexos entre las cosas, de ir más allá de la apariencia, de recorrer el camino del signo hasta su origen, su significado. Sólo así podemos verdaderamente conocer. Sólo si dejamos que la realidad nos impacte y seguimos su provocación, si estamos dispuestos a hacerlo, podremos conocer verdaderamente la realidad en su totalidad.

## 2. La fe: un método de conocimiento

Lo primero que debemos plantearnos es si la fe es un método de conocimiento. También hoy, en la situación actual, existen hechos que nos desafían. «El infierno de los vivientes –escribía hace años Italo Calvino– no es algo que vendrá: ya hay uno, es el que ya está aquí, el infierno en el que habitamos todos los días, el que creamos viviendo juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera les resulta fácil a muchos: aceptar el infierno y sumirse en él hasta el punto de no verlo ya. La segunda es arriesgada y exige atención y un aprendizaje continuo: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno y darle espacio, hacer que permanezca».<sup>13</sup>

«Saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y darle espacio, hacer que permanezca». También nosotros, en medio de la confusión, podemos estar atentos a buscar y saber reconocer algo que se diferencie de ella. La fe empieza así: me encuentro, en medio de la oscuridad del infierno, en medio de la confusión, ante un hecho que no es infierno, que no es oscuridad ni confusión. «La primera característica de la fe cristiana –insistía don Giussani– es que parte de un hecho»<sup>14</sup>, un hecho que pone

en marcha razón y libertad. Ayudémonos a entenderlo con uno de los relatos más hermosos del Evangelio: el del ciego de nacimiento (me he referido a él en más de una ocasión, pero detengámonos ahora más en él):

Dice el Evangelio de Juan, en el capítulo 9: «Vio al pasar a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: “Rabí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?”. Respondió Jesús: “Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios [...] [Nosotros siempre partimos de un prejuicio: “¿Quién ha pecado?”. Nadie: es para que se manifiesten las obras de Dios, la gloria de Dios, es decir, para que se ponga en evidencia la verdad, resplandezca Su verdad, Su gloria]. Dicho esto escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: “Vete, lávate en la piscina de Siloé [...]. Él fue, se lavó y volvió ya viendo [aquí está el hecho, simple; un hecho que despierta de inmediato estupor y una pregunta]. Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo, decían: “¿No es éste el que se sentaba para mendigar?” [es un hecho que pone en movimiento la razón del que se deja impactar; aquí empieza el camino de la fe como camino del conocimiento: un hecho que pone en movimiento la razón y la libertad; empiezan entonces a surgir las diversas interpretaciones]. Unos decían: “Es él”. “No, decían otros, sino que es uno que se le parece. Pero él decía: “Soy yo”. Le dijeron entonces: “¿Cómo, pues, se te han abierto los ojos” [este hecho exige una explicación, necesita una razón]. Él respondió: “Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me untó los ojos y me dijo: ‘Vete a Siloé y lávate’. Yo fui, me lavé y vi”. Ellos le dijeron: “¿Dónde está ese?”. Él respondió: “No lo sé”. Llevan donde los fariseos al que antes era ciego. Pero era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos a su vez le preguntaron cómo había recobrado la vista [el hecho suscita una pregunta también en los fariseos; a todos impacta el hecho independientemente de la posición que asuman después]. Él les dijo: “Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo”. Algunos fariseos decían [veamos ahora cómo la razón, esta vida que urge, comienza a moverse ante el mismo hecho]: “Este hombre no viene de Dios porque no guarda el sábado”. Otros decían: “Pero, ¿cómo puede un pecador realizar semejantes señales?” [la realidad era demasiado evidente] Y había disensión entre ellos. Entonces le dicen otra vez al ciego: “Y tú, ¿qué dices de Él, ya que te ha abierto los ojos?”. Él respondió [el ciego comienza a recorrer el camino del conocimiento]: “Que es un

profeta” [alguien distinto de los que solemos tratar]. Pero los judíos no quisieron creer que aquel hombre hubiera sido ciego [como no estaban dispuestos a reconocer el hecho, lo negaron], hasta que llamaron a los padres del que había recobrado la vista, y les preguntaron: “¿Es éste vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? Sus padres respondieron: “Nosotros sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. Pero cómo ve ahora, no lo sabemos; ni quién le ha abierto los ojos, eso nosotros no lo sabemos. Preguntadle; edad tiene, puede hablar por sí mismo” [como veis, la libertad es un bien muy escaso]. Sus padres decían esto por miedo a los judíos, pues los judíos se había puesto ya de acuerdo en que, si alguno le reconocía como Cristo, quedaría excluido de la sinagoga [por este miedo, los padres casi fingieron no saber quién era su hijo y lo que le había pasado]. Por eso dijeron sus padres: “Edad tiene, preguntádselo a él”. Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron [veamos ahora cómo el prejuicio, nuestra medida, nuestra toma de postura anticipada, obstaculiza el conocimiento]: “Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador” [no se habla más del ciego, se pasa directamente a acusar a Jesús: es un pecador. Pero, ¿dónde está el poder del ciego frente a todos estos expertos en dialéctica? En haberse aferrado a lo real, al hecho, con esa energía moral de la que ayer hablábamos, que no es sino sencillez. ¡Cuánta humildad se requiere para conocer! Veamos cómo responde el ciego de nacimiento]. Les respondió: “Si es un pecador, no lo sé. Sólo sé una cosa: que era ciego y ahora veo”. [Pero todavía los fariseos intentan liarlo] Le dijeron entonces: “¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?”. El les replicó: “Os lo he dicho ya y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Es queréis también vosotros haceros discípulos suyos? Entonces le llenaron de injurias y le dijeron: “Tú eres discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero ése no sabemos de dónde es”. El hombre les respondió [la inteligencia se exalta en la fidelidad al hecho]: “Eso es lo extraño: que vosotros no sepáis de dónde es y que me haya abierto a mí los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ése le escucha. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada”. [Esto es el conocimiento: parte de un hecho; y si uno es leal y se deja arrastrar por él hasta el origen, toma conciencia de sus factores: “Jamás se ha oído decir

que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada”. Ellos [los fariseos] le respondieron: “Has nacido todo entero en pecado ¿y nos das lecciones a nosotros?” Y le echaron fuera. [lo que significa: no debemos creer a nuestros ojos, siempre hay alguien –como los fariseos– que debe decirnos qué es real, como si no supiéramos decirlo por nosotros mismos. Lo decisivo es la sencillez en adherirse al hecho. La fe es este recorrido de la conciencia que, a partir de un hecho único, excepcional, concluye en el reconocimiento del origen, reconociendo una Presencia excepcional]. Jesús se enteró que lo habían echado fuera y, encontrándose con él, le dijo: “¿Tú crees en el Hijo del Hombre?”. El respondió: “¿Y quién es, Señor, para que crea en él?”. Jesús le dijo: “Le has visto: el que está hablando contigo, ése es”. Él entonces dijo: “Creo, Señor”. Y se postró ante él. [Jesús, este hecho, Su Presencia, Sus obras, Sus gestos, traen una nueva vida que transluce nuestra posición ante la realidad] Y dijo Jesús: “Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven [los que creen ver], se vuelvan ciegos”. Algunos fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron: “¿Es que también nosotros somos ciegos?”. Jesús les respondió: “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís: ‘Vemos’ [ Y podemos añadir: “Y no reconocéis lo que decís ver”], vuestro pecado permanece”.<sup>15</sup>

Es impresionante ver el recorrido que un hecho así de imponente provoca en la razón. Nuestro punto de partida no es una “visión”. El punto de partida de la fe es un hecho; y porque es un hecho real, que sucede, desencadena un itinerario de conocimiento. «La fe es un acto humano, por eso debe nacer de manera humana, no lo sería si naciera al margen de la razón: sería irracional, es decir, no humana». <sup>16</sup> No se trata sólo de un hecho del pasado; sucede lo mismo hoy, con el mismo método: en medio de la oscuridad, en medio del infierno, un hecho que no es infierno.

Escribe una de vosotras: «Si Dios anima a los que ama a creer en la religión cristiana, ¿por qué no lo hace conmigo? Parte de mi vida la he pasado buscando a Dios, y lo he hecho con todas mis fuerzas, pero no entiendo por qué Él no se me ha mostrado. Después de muchos intentos, llegué a la conclusión de que Dios no existía, que era sólo invención nuestra, que la religión misma era un invento de algún ingenioso gobernador que, para evitar que los hombres violasen la ley, utilizó la figura de Dios para alimentar en sus súbditos el terror. He considerado siempre unos ingenuos a los



que creían, pero al mismo tiempo sentía envidia de ellos, que habían encontrado respuestas, mientras que yo no había sido capaz. Mi lucha contra la Iglesia comenzó así, y después, con el tiempo, se transformó en verdadero odio. Empecé criticando cualquier propuesta que viniera de la Iglesia, y cuanto más tiempo pasaba, más me convencía de que era justo lo que yo sostenía. Incluso me complacía, porque le había dado un sentido a mi vida. [Pero sucede lo imprevisto: Dios nunca fracasa]. El encuentro con vosotros, los de Comunión y Liberación, en la Universidad ha arrojado luz a mis insatisfacciones, las mismas que había creído poder esconder adoptando una postura agresiva. Al ver cómo vivís vosotros el cristianismo ha nacido en mí la sospecha de que todo aquello por lo que había luchado podría ser erróneo. Al volver a la Universidad sentí casi temor de comunicar a mis amigos, “mis compañeros”, la experiencia que estaba viviendo: tenía miedo de que ellos no comprendieran, o peor, que empezaran a burlarse de mí. No sé por qué, pero tenía miedo de admitir que después del encuentro con vosotros algo había cambiado y volvía a renacer aquella esperanza que creía haber perdido. No podéis imaginar lo que os envidio, lo que envidio el modo sereno con el que os relacionáis con la realidad, pero sobre todo os envidio porque gracias a vuestra fe sois fuertes, mientras que yo me siento débil. Intenté escapar de lo que me estaba sucediendo, pero no lo conseguí. Fue una auténtica huida de todos vosotros. Necesitaba volver con mis viejos amigos, los mismos con los que había compartido todo; buscaba una respuesta en ellos, esperaba que volverlos a ver me ayudase a ser de nuevo la de antes. Pero sucedió todo lo contrario; ese viaje me hizo comprender que huía inútilmente, porque antes o después tendría que hacer cuentas con lo que me estaba sucediendo. Me he dado respuestas. Estando con ellos por fin comprendí que lo que antes me gustaba ahora me “venía estrecho”. Por esa razón ahora estoy verdaderamente convencida de ir a los Ejercicios con vosotros». Su amiga [de la comunidad universitaria] tras haber visto todo esto, ha escrito: «Al ver su asombro me he dado cuenta de lo ciega que estoy, porque yo, que vivo esta realidad todos los días, la doy por descontada, no reparo en ella. Ante todo necesito reconocer constantemente la grandeza que cada día me sale al encuentro, que experimento».

Es el encuentro, en medio de la oscuridad, con una Presencia excepcional. «La segunda característica –dice don Giussani– es que [nos encontramos frente a] un hecho no normal, es un

encuentro fuera de lo común; es un encuentro-encuentro, es decir, tiene un carácter excepcional que nos lleva a tomarlo en consideración». <sup>17</sup> «¿Cuándo podemos decir que algo es excepcional? [...]. Cuando corresponde a las exigencias más profundas por las que vivimos y nos movemos». <sup>18</sup>

También lo dice una de vosotras: «En mayo de este año fui con alguno de vosotros a un viaje organizado por la Universidad a Grecia. Al principio estaba por mi cuenta. Pero vi que las cosas eran muy distintas de lo que había imaginado: vi en vosotros una mayor libertad, os vi vivir cada momento con más intensidad y alegría de la que yo tenía, y sólo para no desequilibrarme y expresar mis ideas, estaba con gente con la que no compartía en absoluto la forma de pensar. A la vuelta del viaje, una de vosotros insistió en que estudiara con ella en la universidad. No estaba muy segura, pero al final acepté y me encontré muy a gusto. Poco a poco ella comenzó a proponerme la misa, la cena, hace poco la Escuela de comunidad. Al principio no quise aceptar, porque no quería implicarme; tenía miedo de que los demás me juzgaran [siempre surge el miedo], pero después me di cuenta de que estas propuestas eran la respuesta a mis preguntas, a una necesidad que sentía desde hacía tiempo, una respuesta inesperada, pero espléndida, que correspondía a lo que deseaba mi corazón [por eso el encuentro es un hecho excepcional, porque corresponde: «Lo que caracteriza el fenómeno del encuentro es una diferencia cualitativa, algo distinto que corresponde»<sup>19</sup>]. He aquí la alternativa: aceptar la invitación o echarse atrás frente a algo que llena de alegría, no estar dispuestos a que algo cambie en la vida. Yo he aceptado la invitación de esta amiga a participar en estos Ejercicios, porque reconozco en los acontecimientos de estos meses algo más que una simple coincidencia, y no he podido ignorar lo que se me había presentado como evidente». ¿Es una visionaria o ha llegado a decir esto mediante un recorrido del conocimiento?

Pero, entonces, ¿en qué consiste nuestro problema? Es, ante todo, un problema de uso de la razón y del corazón ante lo que vemos, frente a la diversidad irreductible que se nos presenta. Ante lo distinto, podemos ser parciales, una parcialidad que podemos llamar “irracionalidad” o “racionalismo”, es lo mismo: reducimos lo que tenemos ante nuestros ojos y que incluso nos resulta llamativo, bloqueamos la provocación que lo que vemos hace a la inteligencia y el corazón. El problema de la fe tiene que ver no con lo que no vemos, sino con lo que vemos, que nos desafía, nos abre de par en

par, nos obliga a ensanchar la razón, porque, de lo contrario, deberíamos renegar de lo que aparece en nuestro horizonte como un factor distinto. Como les sucedió a los fariseos: para mantener su posición, tuvieron que negar los hechos, debieron negar que aquel hombre era ciego; era la única posibilidad de mantenerse en la postura anterior. El nuestro no es un problema de fe en el sentido en que solemos hablar de ella: el problema es que negamos la realidad porque no estamos dispuestos a seguir su provocación. Pero si no aceptamos la provocación que suponen los hechos –que pone en marcha nuestra razón– hasta el punto de reconocer su origen, hablamos de fe de un modo irracional: ya no sería la fe la que nace de los hechos, la que parte de un hecho y se profundiza a través de hechos reales, sino que sería nuestra fe la que daría lugar a los hechos. Justo lo contrario de lo que es. Muchas veces no aceptamos recorrer este camino de racionalidad y al final nos entran dudas de si somos o no visionarios. Parece que nosotros generamos lo que decimos. Pero es exactamente al revés: nos ha alcanzado un hecho y ha puesto en movimiento nuestra razón, solici-tándonos a reconocer su origen.

Escribía Tresmontant: «Jesús solicita constantemente la inteligencia. Apela a ella. Su reproche más frecuente es: ¿no entendéis, no tenéis inteligencia? ¿Aún no creéis? La fe que solicita la inteligencia nada tiene que ver con la credulidad. Esta fe es precisamente el acceso de la inteligencia a una verdad, el reconocimiento de esta verdad, el sí de la inteligencia convencida y no una renuncia a ella».<sup>20</sup> La fe no es la ausencia de la razón, sino su plenitud, florece en sus confines. Para nosotros la fe es el conocimiento al que llegamos partiendo de los hechos que de otro modo quedarían sin explicación. Como el ciego de nacimiento: el milagro de ver quedaría sin explicación si no reconociera el origen que ha permitido ese hecho.

Pero, ¿cuál es la prueba de que lo sucedido en el encuentro da lugar en nosotros a un verdadero conocimiento? ¿Cómo sabemos si lo sucedido nos ha llevado a un verdadero conocimiento? Se ve en la manera de relacionarnos con la realidad. Se ve que uno se ha enamorado porque las cosas de siempre al día siguiente provocan en él una reacción bien distinta. Si verdaderamente me ha pasado algo, si ha sucedido un acontecimiento y yo lo he reconocido, lo veo por cómo lo afronto todo, por el efecto que tiene sobre mi modo de ver las cosas. Por eso, si la fe viene generada por un hecho, por un acontecimiento que puedo conocer, lo comprobaré en la relación con

todo. Cada gesto revela qué es para mí la fe, si es conocimiento verdadero o si es igual a nada, puro sentimiento. La fe es verdadero conocimiento si lo afrontamos todo en compañía de una presencia real, tan poderosamente real que cualquier impacto con la realidad nos hace más conscientes de ella.

«Este curso –dice uno de vosotros– empezó con la experiencia excepcional del Équipe de septiembre, al que me invitaron por primera vez. Me proporcionó una seguridad inmensa, porque las personas que allí vi me testimoniaron que es posible vivir con certeza y alegría el drama de la vida. Es una perspectiva mucho más interesante para mirarlo todo y a todos, que está dando sus frutos. Ante el dolor por la pequeñez de mi corazón no puedo dejar de hacer memoria de lo que vi y así reemprender el camino con quien tengo al lado: yo he visto el ciento por uno en carne y hueso [lo ha conocido], lo he tocado con la mano. En este periodo todo es dramático para mí (la carrera que he escogido, la relación amorosa, la pregunta por la vocación) y, sin embargo, estoy seguro de que todo es una gracia, aunque fatigosa, que se me da para comprender mi destino y gustar de verdad la vida».

Si se ha introducido una presencia en mi vida, se ve en el modo en el que afronto todo. Si uno de vosotros os dijese: “me he enamorado” y luego este hecho no determinase todo lo que le sucede en la vida, le diríais: “me estás tomando el pelo”. No sería verdadero conocimiento, no le habría sucedido nada. Si la fe no es reconocer una presencia que nos alcanza, y se convierte en un punto de partida nuevo a la hora de afrontarlo todo, ¿de qué estamos hablando? Somos racionalistas hasta la médula, como hemos estudiado este año en la Escuela de comunidad, porque en vez de partir de una presencia, partimos de una ausencia. «La posición racionalista trabaja sobre la hipótesis de la ausencia». A veces creemos que este problema sólo concierne a los aficionados a la investigación histórica; pero también nos afecta e incide en todo lo que vivimos. «Todos podemos asumir la posición racionalista [...]. Esto tiende a reconducir la mente a una concepción que nos es muy familiar. El hecho de que Dios sea una presencia humana es para nosotros un misterio. Y entonces, ante el anuncio cristiano, tenemos siempre la tentación de reducir a Dios, presente siempre, a las imágenes que tenemos de la presencia o de la ausencia. [...] ¿Cuál es la novedad de la revelación cristiana? Que Dios no es algo lejano a lo que el hombre con esfuerzo intenta alcanzar, sino uno que se ha puesto al lado del

hombre y se ha convertido en su compañero de camino»<sup>21</sup>. Por tanto, puedo reconocer que para mí la fe es un verdadero conocimiento si en todo cuanto vivo, en mi relación con el dinero, con el tiempo libre, con el afecto, con el trabajo... etc, me sorprende, me descubro teniendo como punto de partida esta Presencia. En eso se ve si el recorrido de la fe me ha introducido en un verdadero conocimiento.

De lo que frecuentemente nos damos cuenta –cuando la fe no es este conocimiento– es de que vivimos con una visión anacrónica de la realidad. Si viésemos un mapa sin América, al instante nos daríamos cuenta de que falta algo. Hablamos muchas veces de la realidad como si Cristo no hubiera venido, como si la resurrección no hubiera sucedido, como si la fe no nos llevara a un verdadero conocimiento de la realidad. Esto se aprecia en que vemos la realidad como todos, fea como la ven todos, pero además, como somos cristianos, intentamos vivirla de un modo más “moral”: se reduce el cristianismo a ética, a un intento de vivir la realidad queriendo estar a la altura, sin ver la situación de un modo distinto. Lo que normalmente pasa por cristianismo es sólo este intento ético. Somos hijos de Kant: como no podemos conocer lo real, queda sólo la ética. Así, cuando hablo del “trabajo” que estamos llamados a hacer, lo reducí rápidamente a lo que hay que “hacer”, a un intento de vivir en la realidad buscando salir a flote. En cambio, el trabajo, el primer trabajo –como dice Italo Calvino– es dar espacio al hecho, dar espacio a ese punto que en el infierno no es infierno, acoger lo que ha sucedido. ¿Qué hizo el ciego? Acoger lo que le había sucedido. Asegura von Balthasar que «lo primero de lo que tenemos necesidad para ver objetivamente es dejar que lo que se muestra, lo que sucede, sea. Lo primero no es adueñarse de lo que sucede», sino reconocerlo, adorarlo, porque la novedad está en dejar entrar este acontecimiento que ha sucedido en nuestra vida: la novedad está precisamente en mirar lo que sucede ante nuestros ojos y que tantas veces no vemos.

Escribe un amigo nuestro de Trento: «Últimamente, más que mirar cómo me puedo perder a mí mismo en el intento de ganar el mundo, he visto cómo puede uno volver a ganarse a sí mismo y todo lo demás cuando tiene la mirada fija en Cristo. Lo he visto en los últimos meses en Nicola, un amigo nuestro que murió el viernes pasado de un tumor. Tuve la suerte de estar en el hospital junto a sus padres y a sus hermanos justo después de su muerte. Sólo la resurrección de Cristo puede explicar exhaustivamente lo que

sucedió esa mañana: la alegría que había en los rostros de sus familiares, incluso dentro de un dolor infinito. Me bastó con mirar, sin hacer discursos; únicamente esto me ha permitido estar seguro. En los días siguientes continuamente tenía la tentación de fijar mi atención en lo que me venía a la mente, pero me daba cuenta de que era infinitamente más interesante y conveniente mirar lo que estaba sucediendo allí: la alegría, la certeza de sus familiares. Este hecho abrió totalmente mi razón. Yo deseo tener la misma mirada que tenía Nicola».

Se trata de dejarse tocar, de dar espacio a lo que sucede —en lugar de adueñarse de un discurso o de desembocar en un esfuerzo ético—, porque esto es lo único que hace respirar. Todos nuestros intentos no son suficientes, no proporcionan siquiera un instante de esa novedad que entra en nuestra vida a través de un hecho.

### **3. Cristo, compañía de Dios para el hombre**

¿Cómo podemos evitar que venza la reducción del cristianismo a ética o sencillamente a un sentimiento? ¿Cómo dejar que entre este acontecimiento? Para ello necesitamos una compañía. No porque hagamos algo mal: es que pertenece al camino de la certeza, como hemos recordado este verano. Siempre me viene a la cabeza esa página de la Escuela de comunidad donde don Giussani describe el itinerario de la certeza: hace falta que lo que ha entrado en nuestra vida, esa Presencia, se haga cada vez más familiar.

Tras las bodas de Caná «el evangelista concluye así el relato de este episodio: “Y creyeron en Él sus discípulos”. No deja de asombrar esta frase. ¿No acabamos de ver [...] que los discípulos ya “habían creído en Él”? Sin embargo es esta la descripción psicológicamente perfecta y precisa de un fenómeno usual para todos nosotros. Cuando encontramos a una persona importante para nuestra propia vida, siempre hay un primer momento en que lo presentimos, algo en nuestro interior se ve obligado por la evidencia a un reconocimiento ineludible: “es él”, “es ella”. Pero solo el espacio que damos [“dar espacio”, decía Calvino] a que esta constatación se repita carga la impresión de peso existencial. Sólo la convivencia la hace entrar cada vez más radical y profundamente en nosotros. [...] Y este camino de “conocimiento” recibirá en el Evangelio otras muchas confirmaciones, necesitará mucho apoyo; tanto es así que esa fórmula “y creyeron en Él sus discípulos” se repite muchas veces, hasta el final. El conocimiento consistirá en una persuasión que tendrá lugar lentamente, donde ningún paso

posterior desmentirá los anteriores». No es que nosotros hagamos algo mal: tenemos necesidad de que Cristo se convierta en verdadero compañero, que su Presencia sea verdaderamente conocida, de modo que ya no podamos mirar la realidad sin tener esta Presencia constantemente ante los ojos. Por lo tanto «de la convivencia derivará una confirmación de aquella excepcionalidad [...]. El hecho de creer abraza la trayectoria de la convicción en una continua repetición de reconocimientos».<sup>22</sup>

La certeza es fruto de un camino. Cuando fui a Brasil, una universitaria me dijo: «Yo quiero tener esta certeza, pero no me hables del camino». Se defendía antes incluso de empezar. Yo le respondí: «Date cuenta de que este camino es una parte decisiva de la certeza. Cuando un chico te gusta, en ese momento tienes la evidencia que necesitas para dar el paso siguiente: te gustaría encontrártelo más veces, tomar un café con él al día siguiente. Pero, si él te dijera que se quiere casar contigo, huirías. Cuando aceptas ir a tomar el café, se confirma la impresión del inicio. Tienes la evidencia para dar el paso siguiente. Y así continuamente. Paso a paso te vuelves cada vez más cierta, de tal forma que para poner en tela de juicio aquella certeza tendría que suceder un cataclismo. En cambio, si le hubieses tratado sólo una vez, sería fácil pensar: “Pero, ¿he visto visiones?”. ¿Cuándo, por lo tanto, te vuelves más cierta? ¿Cuando has tenido muchas confirmaciones, o cuando lo has visto un instante?».

El camino que describe aquí don Giussani forma parte de la certeza, hace que cada vez sea más nuestro el acontecimiento que hemos encontrado. Pero es indispensable que Jesús sea un compañero cada vez más habitual, que aquel que hemos encontrado se vuelva, sin reducciones, compañero de la vida, que Su presencia se haga cotidiana, se haga la presencia de uno que mira tu vida de modo tal que hace que se vuelva cotidiana la pregunta de estos Ejercicios: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo?».<sup>23</sup> Alguien te ama tanto que cada vez que te mira y que te hace esta pregunta toda tu vida se siente abrazada, acogida por una onda de ternura de otro mundo, y provoca en ti esta pregunta: «Pero, ¿a quién le interesa tanto mi vida?». Es Él, es esta Presencia, que está en la historia y que nadie puede borrar de la historia, que nadie puede reducir. Es una Presencia sin la cual yo no puedo ser yo mismo, no puedo aflorar con toda mi capacidad de amar, de vivir, de construir, de gozar; es una Presencia la que nos hace ser nosotros mismos.



¿Dónde mora esta Presencia? Para que sea cotidiana, esa Presencia tiene que vivir hoy. Esta Presencia vive en nuestra compañía, en nuestra amistad. Es necesario que la presencia de Cristo sea física para hacerse compañera. ¿Dónde encontramos continuamente esta Presencia que ama tan potentemente nuestra vida? «En un lugar donde vive la amistad verdadera», como decía don Giussani. «La presencia de Cristo está dentro de un signo, está escondida dentro de un signo. No se nos consigna a Cristo si no se nos consigna a este signo. Todos nosotros somos una sola cosa: la verdad es la presencia de Cristo que se encuentra en un lugar donde se vive la amistad verdadera». La posibilidad que se nos abre para conocer verdaderamente a Cristo es participar en el lugar donde Él nos toca constantemente, donde Él nos llena, donde Él no acepta ser reducido a la ética, a un moralismo. «La moralidad –explica don Giussani– es algo vivo en lo que se participa. Para los primeros, la vida moral era ir detrás de él. Seguir, seguir lo que en el infierno no es infierno: he aquí la moralidad, he aquí el amor a nosotros mismos. «Seguir no es comprender un discurso, sino aprender, existencialmente, la actitud que hay que tener hacia uno mismo, hacia aquellos a quienes encontramos». Por lo tanto, la gran regla dentro de nuestra amistad es buscar a las personas que nos introducen en esta verdad, que más nos hacen percibirla. Escribe San Agustín: «En esta humana convivencia, tan colmada de errores y de sufrimientos, ¿qué nos consuela, si no es una fe cierta y el amor de verdaderos y buenos amigos?».<sup>24</sup>

#### **4. La verificación de la fe**

Una fe cierta, que vive en un lugar de amistad. Nosotros verificamos la fe en todo lo que encontramos, en todo lo que nos sucede en la vida.

Dice una de vosotros: «Muchas veces entre nosotros hay un cierto temor de poner a prueba lo que hay de verdadero. Tenemos miedo, porque en el fondo creemos que somos nosotros quienes hacemos la verdad, hablamos de una realidad que creamos nosotros. En cambio yo he visto hombres verdaderamente libres, que viven su vida ante un hecho que los llena y me miran incluso a mí sin ningún esquema». No hay que tener miedo de juzgar lo que hemos encontrado en nuestra relación con la realidad, porque es lo que nos permite ir hasta el fondo de lo que ha sucedido para llegar verdaderamente a la certeza. El camino a la verdad es una experiencia que hacemos en la relación con todo.

Mirad lo que escribe una amiga que está en misión en una ciudad tremenda: «Al caminar por estas calles entre tanta desolación, violencia y fealdad, que ya son compañeras cotidianas, por un instante pensé: pero, ¿no resulta ingenuo decir que la realidad verdadera no es la que aparece tan aplastante?». He aquí el desafío: ¿somos visionarios o es cierto que la realidad no se puede reducir a esta fealdad? Constantemente lo que vivimos pone a prueba si lo que hemos alcanzado es un verdadero conocimiento. «Junto a este interrogante –continúa la carta– surgía en mí con fuerza un “¡no!”: podría enumerarte las veces que al ir hasta el fondo de lo que tengo delante me he dado cuenta con sorpresa de que a mi corazón no le falta nada para vivir y de que Jesús se puede manifestar en cualquier instante como el Señor de todo. Aceptando la provocación de los hechos he vuelto a darme cuenta de que mi “obra”, la única, es participar con mi “sí” en el gran “sí” de Dios a la humanidad, la mía y la que me topo cada día, tal como es. Aquí Él necesita que una nada como yo Lo reconozca, Lo prefiera y Lo ame. Mi responsabilidad es abrir en cada instante mi libertad a su presencia misteriosa, pero vencedora, a Su obra que empieza ya a cambiarme a mí y la realidad. Y todo florece. Desde luego es un sacrificio, pero no es éste el aspecto que domina, porque en medio de esta fealdad prevalece la experiencia de la plenitud [éste es el asunto: cuando uno ha alcanzado algo verdadero, una conciencia verdadera, ninguna fealdad puede derrotarlo], la certeza de un amor que me acompaña en todo momento, y por eso puede pedírmelo todo. De manera que yo también puedo decir con verdad que amar la realidad con virginidad es realmente el paraíso aquí en la tierra». Lo mismo le sucede a otra amiga nuestra, que comprende mejor quién es Jesús en el contacto con la realidad: «Desde hace tiempo las cosas muchas veces no me atraen, pero se me pide que me fije más bien en lo que me ha sucedido, en la roca que permanece. Digo esto y reconozco la preferencia que Cristo tiene por mi vida, no como fruto de un adoctrinamiento o por una iluminación mística, sino porque he visto con mis propios ojos, carnal y concretamente, aunque al tiempo de forma misteriosa, un bien que aflora siempre [por eso no somos visionarios: Cristo es una presencia tan real que hace florecer el bien] y una positividad en las circunstancias más duras, que me lleva a exclamar: ¡he aquí la gloria de Cristo, la verdad de Cristo, su poder! He visto brillar la gloria de Cristo en la incomodidad y en lo absurdo de la realidad. Porque la gloria de Cristo no es que las cosas cuadren, no es que

la familia sea perfecta o esté bien situada, no es que la novia esté siempre disponible, no es que los amigos sean siempre coherentes y encajen en tu proyecto, sino que, a pesar del límite, de la fatiga y de la no correspondencia con la realidad, resplandezca, triunfe un bien que te lleva a admitir que la vida es positiva. Es su Resurrección que lo vence todo, incluso la muerte que aparentemente lo engulle todo. La gloria de Cristo es ver la mirada misteriosa de mi madre hacia mi padre, que tras veintisiete años de matrimonio se ha ido de casa; es ver el abrazo de mi novio que me quiere con todos mis límites; es la humanidad de un profesor dispuesto a empezar junto conmigo un trabajo interesante. Ya no puedo permitirme pensar que las circunstancias me son desfavorables, porque es precisamente a través de su aparente contradicción como Cristo me busca cada día».

¡Qué diferencia entre esto y la imagen de correspondencia que tenemos en la cabeza, la de que las cosas corresponden sólo cuando me cuadran! Nos corresponde Aquel que ha llenado nuestro corazón, por lo que podemos encontrarla en cualquier situación, como comprueba una universitaria de la Católica que está ahora en Uganda: «Escribo desde una aldea ugandesa donde me encuentro haciendo unas prácticas con AVSI. Aquí sí que veo que la cuestión no es lo que consigo o no hacer, sino Quién hace que mi vida sea plena, Quién me hace más mujer; y esto vale en todo el mundo, un mundo grande que se me presenta y está a la espera de Él. Por eso voy dos tardes a la semana a ver a los enfermos terminales de SIDA a sus sucias y malolientes cabañas para proporcionarles medicinas (porque ya no pueden desplazarse al hospital) y compartir un poco de su tiempo y de su sufrimiento. Si pensase que dos medicinas o un saludo bastaban para hacerles felices, sería una presuntuosa y mentiría; así me bastarían su alegría, que se hace transparente cuando estoy allí, su continua gratitud, su afán de regalarme algo antes de que me vaya. ¿De dónde viene entonces la alegría verdadera? Cada día descubro un poco más que viene del encuentro con el Señor, el que usa una nada como yo para ir a verles y hacerles sentir el calor de Su abrazo. Estos enfermos no tienen nada, ni dinero, ni salud, ni comida, no tienen una casa en condiciones, y sin embargo, en seguida les cambia la cara, porque se sienten queridos. Por eso me llenan de regalos, privándose de las pocas provisiones que les quedan. Es algo que me deja sin palabras siempre que voy. Intuyo que uno puede tenerlo todo, pero si no tiene a Cristo, si no siente Su abrazo, nada le basta; en cambio,

si tiene poco, pero lo encuentra a Él, la vida se hace más bonita, más humana, uno respira más». ¡Y lo dice en semejante situación!

«Pero, ¿quién eres Tú, oh Cristo, que cuando faltas nada tiene sabor?». Cuanto más avanza la vida, crece cada noche en mi corazón esta pregunta en la que no quiero dejar de profundizar. La experiencia desafía constantemente el recorrido del conocimiento, que nos permite avanzar siempre, porque estamos empezando a conocer verdaderamente a Cristo. ¿Cómo podía esta chica antes de irse a Uganda imaginar que Cristo haría tan distinto aquel lugar?

Éstos son los hechos que vuelven razonable la fe. «La memoria –aclara don Giussani– se compone de hechos. A diferencia del sueño, la memoria toma cuerpo en virtud de los hechos; hechos que se nos graban inmediatamente, y que son como piedras que se van ensamblando. El presente es el resultado de una multitud de hechos que nos han sucedido», con los que nosotros nos topamos y que tenemos ahora ante nuestros ojos. Pero, ¿cómo los explicamos? Son un auténtico desafío a nuestra razón. Son hechos «que hay que leer con el corazón, es decir, con la razón afectivamente implicada», hechos que nos desafían, como un ciego de nacimiento que de pronto ve.

Pero, ¿por qué tenemos tanta dificultad para reconocerle? ¿Por qué a menudo no advertimos Su presencia? ¿por qué no crece nuestra certeza? Os leo, para terminar, una intervención de don Giussani. A un chico que le decía que desde hacía dos años participaba activamente en la vida del movimiento, pero que aún no había descubierto “lo que había debajo” –porque, en el fondo, como se deduce de su discurso, no le importaba nada–, don Giussani le responde: «¡Perfecto! Esta es la abolición de la hipótesis. Finges tomar en consideración la hipótesis, pero en realidad no lo haces. Tomar en consideración la hipótesis implica ir a comprar los instrumentos necesarios, cambiar tu plan de estudio, cambiar de trabajo, cambiar algo. [Pero, tú] ¿qué cambias, qué has cambiado para verificar la hipótesis? ¡Si no cambias, es porque no has querido verificarla nunca! Has venido para ver cómo es, como uno que va al karaoke por primera vez. Pero este “cómo es” ya está decidido y definido por tu pasotismo. Por lo tanto, probablemente, lo que nos separa [atención a lo que dice aquí don Giussani: lo que te separa no es la fe] es una pasión por lo que existe y por la vida, por las cosas y por las personas, y por lo que hay, ahora [...]. [Por eso] Te desafío también a ti a decirme si, a tu edad, no puedes comprender que, en este momento, tú, *tú*, no te haces por ti mismo

[no te das la vida a ti mismo], ¡todo lo que eres no te lo das tú! ¡Ni siquiera una pizca de lo que eres te lo das tú! La evidencia más grande que tenemos tú y yo en este momento, a nuestra edad ya madura, ya consciente [...] es que no nos hacemos a nosotros mismos. Nacemos de algo que no somos nosotros. Y a este algo del que nazco en este instante, ¿cómo me tengo que dirigir? Si llego a decirle: “Tú”, entonces lo tomo verdaderamente en serio». <sup>25</sup>

Podemos vivir todos los hechos que tenemos ante nuestros ojos con este pasotismo, podemos vivirlos, como dice uno de vosotros, “sin implicarnos verdaderamente” y entonces no vemos lo que sucede, no estaremos seguros; pero también podemos dejarnos golpear por ellos. Es lo que dice Pasolini: «El ojo mira. Por eso es fundamental. Es el único que puede percibir la belleza. La belleza puede pasar por los caminos más extraños, incluso por aquellos no codificados por el sentido común, y entonces la belleza se ve porque está viva, y por lo tanto es real. Digamos, mejor, que puede suceder que la veamos, depende de donde se manifieste. El problema es tener ojos y no saber ver, no mirar lo que sucede. Ojos cerrados Ojos que ya no ven. Que ya no son curiosos Que ya no se esperan que suceda nada, quizá porque no creen que la belleza exista. Pero por el desierto de nuestras calles ella pasa, rompiendo el límite finito y llenando nuestros ojos de deseo infinito».

Él pasa por nuestras calles llenando nuestros ojos de deseo infinito. Por eso, porque hemos encontrado por nuestras calles a Uno que llena nuestros ojos de deseo infinito, hoy –junto con toda la Iglesia– esperamos, deseamos Su venida. El tiempo de Adviento da cauce a ese infinito deseo que nos hace implorar: «¡Ven, Señor Jesús!».

9 de diciembre de 2006  
Tarde

## ASAMBLEA

---

*Soy Matilde. Estudio Arquitectura en Milán. Ayer dijiste que podíamos dar crédito a nuestro corazón y volver a empezar desde el hecho de estar juntos. Sólo con un gesto de lealtad podemos empezar a mirar con simpatía lo humano que hay en nosotros. Un instante de simpatía es suficiente para volver a empezar. Pero yo me pregunto qué produce este acto de simpatía hacia mí misma, si este acto de simpatía es resultado de un trabajo personal vinculado a lo que tú has llamado “fuerza moral” o si lo aprendo partiendo de la mirada amorosa de otro hacia mí.*

**Julián Carrón.** Mirarse con ternura a uno mismo debería ser lo más normal, lo más correspondiente. Y sin embargo, ¡qué poco frecuente es oír hablar con simpatía de la propia humanidad! Suele prevalecer el lamento: soy así en vez de asá; y cuando sucede –cuando oyes a alguien hablar con simpatía de lo humano– es excepcional.

Recuerdo siempre la frase de don Giussani: «¡Qué humana es mi humanidad!». ¡Cuánta simpatía humana tenía por sí mismo, por lo que vibraba dentro de él! Y sorprende

que este palpito, este corazón que sentía vibrar dentro de sí ya a los catorce años, fuera tan intenso que considerara a Leopardi como compañero de camino. ¡Cuánta intensidad humana tenía don Giussani para sentir a Leopardi y no a otro como compañero! Este debería ser el modo normal de mirarnos; pero cuando sucede, es excepcional. Es como si para mirarnos así, para abrazarnos así, para tener este instante de ternura por nosotros mismos

necesitáramos de Alguien que nos mire con simpatía y que nos ayude. Me viene siempre a la mente la frase del profeta Jeremías: «Con amor eterno te amé; por eso he tenido piedad de tu nada».<sup>26</sup> Para comenzar a dar crédito a nuestra humanidad necesitamos que Uno mire nuestro yo con intensidad, ternura y profundidad. Todos experimentamos la necesidad de ser amados, de ser mirados con esta simpatía total. Es posible recomenzar cuando uno es mirado así, como le pasó a Zaqueo. Mientras todos le echaban en cara el mal que hacía, sólo Uno le miró de modo distinto, único, tan potente que le cambió.<sup>27</sup> Desde ese instante, ya no tuvo miedo de mirarse a sí mismo, de abrazarse. Somos afortunados porque estamos en un lugar donde se mira así nuestra humanidad, nuestra nada, y por eso podemos volver a empezar constantemente; esta mirada nos desata, nos libera, nos hace ser nosotros mismos.

*Soy Valentina y estudio Medicina en Milán. Quería preguntarte si podías explicar mejor qué quiere decir que la certeza es un camino, porque yo quiero tener certeza ahora que, seguramente, no estoy al final de camino. ¿Qué añade el camino a la certeza?*

**Carrón.** La certeza es un juicio, y un juicio no es algo intelectual, es acusar el dato del ser. Frente a esas hermosas montañas, decimos: «¡Qué belleza!», y estamos seguros de lo que decimos. Es un juicio. Cuando nos fijamos en alguien atractivo, exclamamos: «¡Qué guapa es esa chica!». Es un juicio, estamos seguros. Cuando nos sentimos mirados y queridos como Zaqueo, al momento acusamos el dato, y se da una certeza. Cuanto más bellas son las montañas, tanto más fácil es la certeza. Cuanto más excepcional es lo que encontramos, tanto más fácil es el reconocimiento. En cuanto Lo encontraron, inmediatamente dijeron: «No hemos visto cosa igual». La certeza, como juicio, sucede en el primer momento, sucede ahora. Si no te gusta un chico, no te implicas en un camino con él; pero si te gusta, sí. Supongamos que te gusta un chico. Te gusta estar con él, te agrada su compañía, su mirada: esto es un juicio, tienes certeza sobre esta cuestión. Pero, al mismo tiempo, todo está aún por desvelarse. Tanto es así que si te dijera: «Valentina, ¿te quieres casar conmigo?», saldrías corriendo. ¿Querría decir eso que no te gustaba? ¡No! Nos cuesta mucho trabajo entender este asunto: que te gusta es un juicio, estás segura de que te gusta; pero tal certeza aún debe evolucionar, y evoluciona a través de un camino. La certeza que



se da al principio, se confirma y crece así. Fue igual para los apóstoles. Por este motivo repite tantas veces el Evangelio eso que a nosotros nos resulta contradictorio: «Y creyeron en Él». Pero, ¿acaso no creían ya? Sí, pero la certeza, el juicio primero, se confirma una y otra vez. La certeza comprende el momento inicial y la trayectoria. No se contraponen ambas cosas. Y es verdad, porque si no sucede al principio, si no te gusta ese chico, no tienes el deseo de emprender un camino; pero sin el camino no crece la certeza, no se desarrolla, no madura hasta llevarte a apostar por esa relación. Muchas veces reconocemos haber tenido un encuentro y que éste es verdadero, bello, aporta algo nuevo a nuestra vida; pero no seguimos el camino de la certeza; entonces, cuando las cosas no funcionan, introducimos la duda: «¿Fue verdadero?». Así pues, necesitamos un camino que confirme constantemente la impresión inicial, que la “cargue” –como dice don Giussani– de peso existencial. No hay que contraponer ambas cosas. Tú tienes ahora certeza suficiente para estar aquí; de hecho, has venido. Estás segura, tienes la certeza necesaria. Pero al mismo tiempo, deseas profundizar cada vez más en ella. Es lo que te pasa ahora.

*Soy Marisa y estudio Filología italiana en la Universidad de Florencia. Quiero hacer una observación: he oído hablar esta mañana de la razonabilidad de la fe, pero para mí, fe y razón son completamente distintas, pertenecen a ámbitos opuestos. Otro asunto que me ha hecho pensar es que, de todos modos, la fe, más que ser algo totalmente distinto de la razón, es netamente subjetiva –tal como la veo yo–, no se puede estandarizar.*

**Carrón:** Espera un momento. Empecemos por el principio. Toda la dificultad depende de lo que os cuesta fijar el punto de partida, que es la experiencia de cada uno. En vez de partir de la experiencia, donde todos los factores están unidos, los separáis y después intentáis juntarlos de nuevo, pero no sabéis cómo.

Partamos de la experiencia. Una vez, cuando era profesor, llevé a mis chicos al Planetario de Madrid para que vieran el cielo estrellado. Cuando volvimos al colegio, tenía por casualidad clase de religión con ellos, y para plantear la lección, empecé preguntándoles: «¿Qué os ha llamado más la atención de lo que hemos visto?». Al momento la pizarra se llenó de preguntas: «¿Quién ha hecho todo esto?», «¿Qué sentido tiene?», «¿Quién es el dueño?». La realidad que habían contemplado desafiaba su razón mucho

más de lo que yo había pensado. Nadie me preguntó: «¿Cuántas estrellas había?» o cosas por el estilo. La realidad les catapultaba más allá. La razón se manifestó en ellos como una exigencia que tenía que ver con la totalidad: «¿Quién ha hecho todo esto?». ¿Qué habrías respondido tú a estas preguntas?

*En mi opinión fe y razón son cosas contrapuestas, porque, por ejemplo, ante la pregunta: «¿Por qué existe el mundo?», «¿Cómo hemos llegado hasta aquí, hasta este mundo?», la razón ofrece una explicación científica, por tanto, dice: «Todo comenzó con el Big Bang», mientras que la fe te hace pensar y decir: «No, es imposible que todo haya surgido así: debe haber algo más grande». Para mí son dos cosas separadas.*

**Carrón:** He aquí la cuestión: usamos la razón de tal modo que la yuxtaponemos la fe. Te pongo otro ejemplo. ¿Tienen algún significado los gestos que tu madre tiene contigo, los detalles que ves? ¿Qué significado tienen?

*Algo significan, por supuesto.*

**Carrón:** ¿Te quiere tu madre?

*Sí.*

**Carrón:** Vale. Entonces, ¿es un acto de la razón decir que tu madre te quiere?

*No, desde luego.*

**Carrón:** Mirad, he aquí la dificultad. Es justo al revés, cuando usas la razón –una razón no reducida al método científico– estás obligada a decir, si no quieres negar la evidencia, que tu madre te quiere. Tu razón te obliga a reconocer que tu madre te quiere. ¿Es razonable para ti decir esto o no?

*Sí, es razonable.*

**Carrón:** Entonces no se trata de dos cosas separadas. Pero tienes que ser leal, abrirte a esta evidencia: si no afirmaras el amor de tu madre, no habría una explicación de sus gestos hacia ti. Este es un ejemplo de cómo lo que sucede desafía a la razón a afirmar algo más grande. Si no, tendrías que decir que, por un lado, están los gestos de tu madre, que puedes analizar con la razón científica, y que, por otro, eres una visionaria cuando dices que te quiere tu madre. ¿Corresponde esto con tu experiencia?

*No, pero era algo que siempre había pensado...*

**Carrón:** De acuerdo, porque no partes de la experiencia. Ahora bien, al decir que te quiere tu madre, ¿estás diciendo algo subjetivo o estás segura?

*Estoy segura.*

**Carrón:** Es decir, es personal, es una afirmación que haces tú, pero es objetiva, ¿cierto?

*Cierto.*

**Carrón:** Gracias. Todo aparece unido en la realidad, en la experiencia; por eso nuestro punto de partida no puede ser otro que mirar la experiencia. Se hace transparente en la experiencia lo que razón y libertad son. En ella aprendemos de verdad que la realidad es mucho más grande y misteriosa de lo que pensamos, y que la razón, por ser exigencia de totalidad, de comprender la realidad en la totalidad de sus factores, está obligada –si es verdaderamente leal con este anhelo– a abrirse al Misterio. De otro modo, no seríamos leales ni con la realidad ni con la razón. Ya lo decía esta mañana a propósito de que no estamos acostumbrados a razonar. Hay que ser leal al modo concreto en que la realidad nos golpea, nos abre, y después, someter lo que pensamos de la razón o de la realidad a la experiencia que tenemos.

*Me llamo Marta y estudio en el Politécnico de Milán. Te entiendo cuando hablas de la excepcionalidad. Pero, ¿cómo se llega a decir a partir de esta excepcionalidad: «Este es Jesús»? ¿Por qué tiene que ser Él? Parece que se dice «Sí, este es Jesús» sólo porque es algo excepcional y no sabemos qué es. Pero tú lo dices plenamente convencido. Dices con certeza que es Él y reconoces que actúa en una determinada realidad. Pues eso, ¿cómo se llega a decir que es Él?*

**Carrón:** Partiendo de la excepcionalidad. Es lo mismo de antes. Veamos una experiencia concreta. La amiga universitaria cuya carta hemos leído esta mañana se encontró ante una excepcionalidad que removió todo dentro de ella y por eso empezó a hacer un camino. Al principio le sorprendió esa excepcionalidad y no sabía por qué, pero no dijo: «Es Cristo». Empezó a caminar. Cuando se realiza verdaderamente el recorrido de la razón, se busca explicar de algún modo la excepcionalidad que se ve. Hay que hacer el recorrido de la razón. Pues lo mismo en tu

caso. No digas rápidamente: «Cristo»; busca las razones de lo que ves. Daos una explicación, buscadla al menos, no digáis demasiado pronto: «Cristo», como algo añadido, sin tener una razón. Buscad la explicación de lo que os sucede.

Lo primero que se les pasó por la cabeza a los discípulos, por su historia, ante la excepcionalidad que contemplaban –y que despertaba en ellos la pregunta: «¿Quién es?» ¿Qué es esta excepcionalidad?– fue: «¡Es un profeta!» Lo que tenían más a mano para explicar lo que veían era de lo que habían oído hablar: los profetas. Pero pronto se dieron cuenta: «Este hombre es más que un profeta, es más de lo que habíamos escuchado de los profetas, de lo que nos han contado de ellos». Esta excepcionalidad no parecía tener explicación en lo que decían, aquella respuesta no bastaba, no satisfacía su pregunta y les empujaba a seguir. Si uno no participa de esta aventura, se salta los pasos y dice rápidamente: «Cristo», puede decirlo de la misma manera que otros dicen: «Nada». Por el contrario, si uno acepta participar con toda la razón en esta aventura, como los discípulos, al final se encuentra diciendo como ellos: «Si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos?».<sup>28</sup> Estaban ante algo verdaderamente excepcional que se imponía a sus ojos y, al mismo tiempo, no sabían dar una respuesta adecuada a la pregunta que surgía en ellos: «Pero, ¿quién es este?». Intentaron responder. Jesús los iba desafiando, no dijo demasiado pronto: «Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?». Ellos seguían buscando una respuesta y Jesús no les ahorró el camino. Tan así es que cuando Jesús comienza a dar la respuesta –como explica don Giussani– es porque ellos ya tenían claro que: «Si no creemos a este hombre, no podemos creer ni a nuestros ojos». Lo mismo que si tú dices: «Después de tantos signos, si no creo en el amor de mi madre, no puedo creer ni a mis ojos». Y cuando les dice Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» estaban ya tan llenos de esa excepcionalidad que no podían, no era razonable, poner en duda lo que decía de sí mismo. Como alguien que ante un montón de signos de la persona que ama, que se han ido acumulando un día tras otro, dice en un momento determinado: «¿Quieres casarte conmigo?». ¿Y por qué dices que te quiere esta persona? ¿Estás segura de que te quiere? ¿Es razonable? Lo es por la multitud de hechos que llenan tus ojos. Y no albergas la más mínima sospecha sobre esa afirmación, te basta con esto: estás segura de que te quiere.

A tal asentimiento no se llega en un día. Hace falta un camino. Así pues, cuando Jesús declara quién es, yo estoy tan lleno de razones que lo más irracional sería poner en duda lo que ese hombre dice de sí mismo. Por eso la fe nace, florece –como dice don Giussani– en el límite último, en la cima de la razón, nace como la flor de este montón de signos que la razón reconoce.<sup>29</sup> Sólo la respuesta que aquel hombre había dado era adecuada al cúmulo de signos que habían visto los que se habían implicado en una convivencia con Él: no había otra posición racional que reconocer lo que Él decía de sí mismo.

Es difícil comprender este proceder fuera de la experiencia, es decir, fuera de la experiencia de una relación: «El amor es la única explicación de todos estos signos». Hay que experimentarlo. Entiendo que uno que no tiene experiencia pueda decir: «Cristo» como si fuera un pegote, como si pusiera un sombrero sobre la realidad. Muchas veces lo hacemos, pero sabemos muy bien que es una cosa totalmente distinta cuando nos dejamos impactar y nos implicamos en un camino verdadero. Por este motivo, no es lo mismo estar en la comunidad calentando la silla que implicándonos en una convivencia. No es lo mismo. Por eso, llegados a un punto, uno está lleno de razones y el otro, no. Cuando no nos implicamos en un camino, todo parece impostado; pero cuando hacemos experiencia, surge desde lo más profundo de ésta la evidencia que permite y facilita el reconocimiento.

*Soy Linda y estudio en el Politécnico de Milán. Esta mañana has hablado de la verificación de la fe y has dicho que la correspondencia no atañe sólo a lo que nos gusta. Desearía entender cómo puede corresponder algo que no te gusta.*

**Carrón:** Muchas veces la palabra correspondencia es para nosotros como una caja vacía en la que uno mete su imagen. Tras lo cual, obviamente, aparecen las contradicciones. La correspondencia, amigos, no coincide con lo que a mí me gusta, con lo que se nos antoja: la correspondencia es con la exigencia de totalidad, de felicidad, de verdad, que es exigencia de infinito. Cuando se habla de correspondencia, ¿a qué nos referimos? ¿Qué correspondencia experimentaron los discípulos con Jesús para que ni lo más espantoso la pusiera en discusión? Nada de esto se entiende como resultado de la lógica de un pensamiento; sólo se aprende viviendo. Yo empecé a entenderlo cuando en un momento malo de mi vida tenía todas las razones para estar triste según una

cierta concepción de las cosas. Pero fue al revés: con gran sorpresa por mi parte, me descubría contento. Y no lo estaba por la dureza de lo que me sucedía, sino porque había encontrado y vivía algo grande: mi relación con Cristo era la que me hacía estar contento. Descubrí que ni lo más desagradable podía atacar, golpear, esa experiencia de plenitud que yo tenía.

Esta es la experiencia cristiana. El pasado verano, un amigo holandés me describía Holanda de forma apocalíptica y me preguntó: «¿Cómo se puede estar contento allí? ¿Cómo se puede vivir allí el cristianismo?». Me bastó con hacerle otra pregunta: ¿Te puedes enamorar en medio de esa situación tan desagradable? ¿Puede impedir todo lo desastroso que hay a tu alrededor que te enamores y que eso te llene de una alegría que no puedas poner en discusión? ¿Puede suceder o no? ¿Es posible que el día que los discípulos encontraron a Jesús volvieran a casa contentos, fuese cual fuese la situación en que se hallaban antes? ¿Es posible que Zaqueo, de quien todos hablaban mal, el día que se sintió mirado de aquel modo por Jesús, corriera a casa lleno de alegría a recibirlo («Zaqueo, baja deprisa, que hoy me hospedo en tu casa»)?<sup>30</sup> ¿Es posible que haya dicho San Pablo a los corintios, que vivían en una ciudad con todos problemas que sabemos y podemos imaginar «El testimonio de Cristo se ha establecido entre vosotros tan sólidamente que nos os falta ningún don»?<sup>31</sup> ¿Era acaso San Pablo un visionario? ¿Le hacía falta que se arreglara el imperio romano para estar contento? El cristianismo es la novedad que Jesús introduce en el mundo, como una semilla de la que participamos. Y nosotros, casi incrédulos ante lo que ven nuestros ojos, debemos reconocer que es así: nos ha invadido esta Presencia que nos llena el corazón.

El cristianismo es este hecho que nada puede detener (ni toda la oscuridad, el poder, la maldad, ni todo el pecado pueden impedir la belleza de las montañas ni que te llenen de asombro cuando las veas). El cristianismo es Uno que ha introducido una positividad incomparable en medio de todos los problemas del mundo. Esta positividad correspondía tanto a lo que el corazón esperaba que fueron a buscarlo al día siguiente, y al otro, porque no querían perderla. No eran visionarios. Si no hubiera sido así, no se habría movido ninguno. Pero era tan obvia esa correspondencia que se movieron. ¿Por qué estáis aquí? Aunque cada uno de vosotros conciba de otro modo la fe, la razón, la positividad, etc., está aquí porque ha tenido un presentimiento de lo verdadero que no puede

quitárselo de encima. Un hecho: esto es el cristianismo. No es un razonamiento, es un hecho que se apodera de nosotros y que determina nuestra vida mucho más que el resto, y que nos corresponde en medio de todos los problemas: nos corresponde esto, no todo lo demás. Lo que nos corresponde es la positividad que ha introducido Cristo. ¿Y por qué decimos que es Cristo? A Zaqueo nunca lo habían mirado de aquel modo ni los fariseos ni otras personas. Tenía un nombre muy concreto el que lo había mirado así: Jesús de Nazaret. Pues lo mismo para nosotros: hemos experimentado esta mirada y esta positividad en ciertas relaciones, en un lugar, no en cualquier parte, no con todas las personas de nuestra ciudad. Nadie estaría aquí ahora si no hubiera sido así. Por consiguiente, sometamos la razón a la experiencia: nos encontramos ante una positividad que se ha apoderado de nosotros y que está vinculada a la comunidad cristiana; esta positividad es más poderosa, corresponde más, nos determina más que todo lo desagradable.

*Soy Chiara y estudio Ciencias de la Educación en Milán. Me doy cuenta de que me sucede lo que has dicho en la lección: parto de una ausencia. ¿Qué quiere decir que nos movemos por un hecho que está presente ahora? ¿En qué sentido la certeza de la fe no es un consuelo del tipo «la realidad “da asco”, pero al menos Cristo vence»?*

**Carrón:** ¿Por qué te mueves tú si, como dices, la realidad “da asco”? ¡Te mueves por algo que te ha atraído! A esto me refiero cuando digo que la fe es conocimiento. Reducimos el cristianismo a ética, porque vemos la realidad como todos –decimos: «la realidad da asco» y después añadimos a Cristo como nos ponemos un sombrero. Somos a la vez racionalistas (porque vemos la realidad como todos) y píos: así se demuestra que la fe para nosotros no es conocimiento. Si estoy lleno de la positividad de su Presencia, no puedo decir cuando miro la realidad que es “asquerosa”. Si mirase la realidad según todos sus factores no podría eliminar el hecho de que en ella está Cristo, que en esta realidad ha ocurrido la Resurrección de Cristo. Entendemos muy bien que un mapa en el que falta América es falso, que no hay realidad geográfica sin América. Pero afirmamos de mil maneras posibles: «la realidad es asquerosa», aunque hayan sucedido cosas que demuestran que no lo es. La positividad que ha entrado en nuestra vida lo ha hecho en un momento determinado de la historia, la hemos conocido en un determinado momento –como



Cristóbal Colón descubrió América en un momento determinado de la historia—. Pero, ¿es para nosotros un conocimiento real y verdadero? Si no miramos la realidad en su totalidad no tomamos en cuenta lo que ha sucedido; y, por eso, la miramos como todos. Al final, cuando pronunciamos y usamos la palabra “fe” es tan sólo “ética”, un intento ético de vivir una realidad “asquerosa”. Esto pasa porque no dejamos que entre lo que nos ha sucedido. Vale, estás metido hasta el cuello en algo que te desagrade: ¿Pero está todo aquí?, pregunto. Si dices: «La realidad es oscura», yo te desafío y te digo: «¡Mira!», como dije ayer hablando de la confusión: «Mirad hasta el fondo; debéis reconocer que en medio de toda la confusión surge la exigencia de nuestro corazón”. Así que ahora te digo: «Mira la oscuridad, la fealdad y dime: ¿Sólo ves oscuridad? ¿Sólo eso?». Aún no he encontrado a nadie que tenga el valor de decirme que todo es oscuridad. ¿Por qué, entonces, seguimos diciéndolo? Porque no hacemos el trabajo de usar la razón. Por eso tenemos miedo de mirar cara a cara a la realidad. ¡Yo, en cambio, quiero “saber” —y por esto para mí la fe es conocimiento— si la realidad es oscura o no! No quiero consolarme, no me interesa. Quiero saber si la realidad es oscuridad o hay algo más, algo que haya sucedido y se haya impuesto a mis ojos, a mi razón; algo por lo que no pueda seguir diciendo que «la realidad es oscura». Lo quiero saber. Por este motivo, fe y razón van de la mano: si no hubiera pasado algo real que se ha impuesto a nuestra razón, sería irracional afirmar dicha positividad. Si no hacemos este trabajo, si falta la experiencia de una fe razonable, en cuanto aparece un problema todo salta por los aires.

*Soy Baptiste, estudio en la Universidad Bocconi de Milán. Me ha impresionado mucho la relación entre “mirada”, “verdad” y “educación para mirar la verdad”. Yo soy francés. Me han enseñado siempre que Dios no existe y aquí he visto personas que viven la vida por Cristo; percibo un contraste entre lo que veo y la educación que he recibido. Yo vivía para mí, y ahora veo personas que viven por otro. ¿Quién puede enseñarme a ver la verdad para poder reconocerla? ¿Necesito que alguien me enseñe a abrir los ojos?*

**Carrón:** Ninguna educación puede impedir que suceda aquello de lo que hablamos. Cuento siempre a propósito de esto algo que me marcó. Hay un escritor, también francés, llamado Olivier Clément, a quien, como a ti, educaron padres ateos. Lo primero que

le enseñaron en su familia fue: «Dios no existe». Pero esto no impidió que la realidad impactase a aquel muchacho. Una vez, cuando Olivier tenía diez años, estaba con su padre frente a los restos mortales de un amigo suyo llamado Antoine. «Papá, ¿dónde está Antoine?». Le responde el padre ateo: «En ningún sitio; está muerto». En otra ocasión iba paseando con su padre una noche bajo el cielo estrellado y preguntó: «Papá, ¿qué hay más allá de las estrellas?». «Mas allá de las estrellas no hay nada». Ningún poder de este mundo, ni toda la educación que podamos recibir, puede impedir el encuentro con algo que despierta la pregunta. No hay poder que impida que las montañas sean bellas y que todo vuelva a empezar. Frente al cielo estrellado, la belleza de las montañas, o más aún, ante la belleza de algunos testimonios humanos, la belleza de una vida –como te pasa a ti, Baptiste– surge la pregunta: «¿De dónde nace esta vida que veo?». ¡Ánimo! También para ti es el comienzo de un camino, no puedes regresar como antes: has visto lo que has visto. Tú decides si haces cuentas o no con lo que has visto, con la belleza, con un determinado modo de vivir lo real que has visto, y verificar si eso te corresponde más que lo que te han dicho. Aquí hay un punto de no retorno: ¡has visto! Ahora la vida se torna dramática, porque tu razón y tu libertad han sido desafiadas por lo que has visto. Este es el inicio. Necesitabas, como todos nosotros, el testimonio de una vida que no conocías. Ya lo tienes. Esperamos, expectantes, ver qué camino seguirás: todos nos encontramos ante este desafío. Muchos de nosotros ya habían decidido que el cristianismo no les interesaba, incluso habiendo oído hablar de él, y todo ha comenzado desde lo que han encontrado.

*Soy Agnese de la Estatal de Milán. Mi pregunta, a la que has respondido en parte, es sobre esta positividad que también se puede percibir en las condiciones negativas. Me parece, en la situación en la que me encuentro, algo superpuesto –como dices–, que viene a posteriori, como si fuese un consuelo o un pequeño contento para decir que todo es bello, que sólo aparentemente las circunstancias son contradictorias y negativas, pero que hay un bien en todo.*

**Carrón:** ¿Puedes evitar ver personas que viven esa positividad como algo no superpuesto? ¿Y no te da mucha envidia esa intensidad y deseas tú también vivir como ellos? Pues prepárate, ponte en marcha: tu libertad está en juego. No te digo esto porque no

me intereses. Ahora tienes todos los factores del drama. Si en medio de la fealdad y de la fatiga que experimentas, irrumpe alguien que te quiere y te sorprendes amada, querida, todas tus ideas serán hermosas. Pero debes hacer cuentas con esa persona que te quiere con toda su alma, pues tu razón, tu libertad y tu afecto son desafiados como nunca lo han sido antes: ninguna fealdad de este mundo puede impedirlo. Y no quieres que este drama te lo resuelva otro, quieres saber tú, quieres participar tú en la aventura con esa persona que te quiere, quieres estar tú en primer plano. El sentimiento de belleza, el que te quieran, te corresponde tanto, es tan adecuado a lo que desees, que quieres que dure siempre, no lo quieres perder.

*Soy Mariana y vengo de Nápoles. Se ha hablado de razón como apertura a todo; pero, cuando la realidad nos aprieta, ¿cómo podemos mantener abierta la razón sin que se convierta en medida?*

**Carrón:** Requiere un auténtico trabajo, porque podemos acabar encerrados en nuestras preocupaciones —exámenes, estudio, lo que hay que hacer—. La vida termina por convertirse en una tumba antes o después si no abrimos la ventana. ¿Cómo os miráis, cómo os soportáis, si no percibís la mirada de la que hablábamos antes? Decídmelo. Porque yo no lo consigo. El problema no es que la vida nos apriete, que uno tenga mil cosas que hacer, que estemos muy atareados, que nos equivoquemos o estemos tristes. Uno puede quedarse encerrado ahí en su situación, o puede contar con algo que le ha sucedido, con un encuentro que se insinúa, que se introduce en todas las circunstancias y las abre, rompe nuestra medida. Ninguna circunstancia puede impedir que pase algo que me permita respirar. Muchas veces, mientras estamos prisioneros en lo que nos toca vivir, sucede algo que nos hace volver a casa de otra manera, porque hemos dejado espacio a lo que ha entrado en nuestra vida. Os digo que si yo no dejara entrar la mirada de Su Presencia no me las apañaría; y por eso he buscado siempre esa mirada. Muchas veces decía cuando estaba en Madrid: «¿Cómo podéis vivir sin leer a don Giussani?». Yo no tenía la oportunidad de comer con él todos los días; durante mucho tiempo sólo lo he visto una vez al año, como digo siempre, pero fuese donde fuese, podía dejar entrar esta mirada que había irrumpido en mi vida a través del encuentro con él.

Después de haber encontrado a Jesús, los discípulos no podían evitar sorprenderse teniendo Su mirada en los ojos cuando se despertaban; y esto determinaba su jornada más que todo lo que tenían que hacer. Si dejamos que esta mirada entre un día tras otro, estando juntos, leyendo algo, reclamándonos, reconociendo su Presencia ahora –porque Él está aquí–, si dejamos espacio a esta mirada, no estaremos definidos por nuestra medida. Todos lo podemos experimentar. ¿Por qué has venido aquí esta tarde? ¿Ha sucedido algo estando juntos? ¿Qué te impide, cuando regreses a casa, dejar espacio a lo que te ha sucedido? Todo este “fardo” vuestro de confusión no ha podido impedir que ayer entrara algo nuevo, una bocanada de aire fresco en vuestra vida.

Dar espacio a la mirada de Su Presencia quiere decir romper nuestra medida: hay alguien, un acontecimiento que rompe constantemente nuestra medida. Al estar en este lugar, en nuestra amistad, la vida comienza a respirar, sea cual sea la circunstancia. Cuanto más familiar es esta Presencia, como familiar se hace la persona amada, tanto más se vuelve cada circunstancia un lugar donde respirar. Así no prevalece la medida. Pero aquí, queridos míos, hay que hacer un trabajo; uno puede hacerlo o no; puede dejar que penetre esta mirada o cerrarse y dejarse determinar por lo que hace. Tenemos tiempo para todo menos para esto, y al final vivimos lo cotidiano sin respirar. Pero no estamos condenados a vivir así; podemos empezar a aprender un modo de estar en la realidad con esta apertura.

*Soy Davide y estudio Medicina en Bolonia. Reconozco que, en el contacto con la realidad prevalecen mis ideas de las cosas. Me da la impresión de que ya me sé lo que tengo delante: voy a clase y ya me sé quiénes son mis compañeros; vuelvo a apartamento y ya sé a quién me voy a encontrar; incluso con Jesús: sé bien quién es Jesús y hago discursos sobre Él. El resultado de todo esto es que me aburro, porque donde ya se sabe todo, no puede suceder nada. Me percató de que es bien distinta la posición del que está enamorado. Un enamorado ve algo absolutamente nuevo en todo lo que es habitual: vuelve a casa, a la misma casa, ve las mismas cosas; pero todo le habla de ella; por tanto, es completamente distinto. Por otro lado, percibo que, como hombre, sólo me puedo enamorar de algo que está físicamente presente, no puedo enamorarme de algo abstracto. Esta mañana decías: Jesucristo se hace físicamente presente en*

*esta compañía. Por todo ello te quiero preguntar: ¿cómo me es posible enamorarme de Jesús en la compañía?*

**Carrón:** Lo primero que hay que hacer es quitarse de la cabeza la idea de que sabemos; porque no es así. Anteayer me contaba una chica que en un momento dado comprendió que conocer de una forma limitada, cosa que hasta ese momento le parecía una desgracia, es en realidad lo que le permite aprender siempre. Entonces se puso muy contenta al pensar que si se casaba podría aprender siempre algo nuevo de su marido, y no decir: «Ya le conozco», porque eso sería un aburrimiento, sino: «Cada vez lo conozco un poco más». Si no fuese así, imaginaos la vida eterna: sería un eterno aburrimiento.

Hay que caer en la cuenta de que no sabemos muchas cosas que creíamos saber. Para mí fue así: lo que me ha salvado la vida es empezar a aprender lo que creía saber. He estudiado muchas cosas, pero las he entendido cuando las he experimentado. Me consoló comprobar, cuando presenté *Educación es un riesgo*, que a don Giusani le pasaba lo mismo. «Yo aprendí estas cosas en el seminario –decía *grosso modo*– y después las enseñé allí como profesor; pero las aprendí de verdad cuando me vi obligado a dar razón de ellas en la “lucha” con mis estudiantes del Berchet. Las he aprendido cuando han nacido de la carne y la sangre». Aprendemos las cosas de verdad en la experiencia. Allí comenzamos a entender lo que no habíamos entendido. Nuestra amiga, que se ha ido a Uganda y ha visto que puede estar contenta incluso en aquella situación, creía que ya sabía quién era Jesús; pero ha entendido que no había comprendido, porque Jesús se ha manifestado allí con una potencia mucho más grande de lo que ella se había figurado.

La vida es bella, es una aventura apasionante –por eso digo siempre : «Lo mejor está por llegar»– porque es infinito lo que aún nos queda por descubrir si nos pegamos a Cristo. Nada se contradice más con nuestra experiencia que decir: ya lo sabemos todo. La vida se nos da para que se nos revele Cristo. Y esto sucede a través de cualquier cosa: en este lugar, donde somos acompañados, en el lugar que es esta compañía donde Cristo se hace presente; pero también en el encuentro con todo. Aquí, en esta compañía, Él se manifiesta de un modo tan potente que nos ayuda a entrar en toda la realidad, a vivir todo como lo vive esta chica, que cada vez está más pegada a Su Presencia, cada día se le hace más familiar su Presencia. Y esto no lo podemos hacer solos (cuántas veces hemos visto amigos que se han marchado,

pensando que se lo podían montar por su cuenta, y luego, cuando nos los hemos encontrado pasados los años, hemos constatado que no ha sido así). Hay un lugar donde Él ha entregado Su Presencia. Pero no se trata de algo automático que no requiera de nuestra participación, libertad y trabajo; es algo que nos desafía constantemente a través del testimonio que otros nos dan: «¡Mira cómo vive este, qué experiencia de plenitud, qué libertad!». Su Presencia nos impacta, nos espolea, suscita un deseo cada vez mayor de conocerla en un lugar como este, en el que Él muestra Su verdad y nos abre a la totalidad de lo real.

*Soy Magdalena, de Viena, y estudio Medicina. Somos unos veinte estudiantes. La mayoría ha conocido el movimiento hace poco, como mucho hace un año, pero muchos sólo lo conocen desde hace un par de meses. Estamos empezando. Tenemos gran entusiasmo, pero no sabemos nada, no tenemos la más mínima idea de las cosas y somos aún muy inmaduros; con frecuencia no entendemos ni la Escuela de comunidad. Junto a la belleza del comienzo se dan la dificultad e inmadurez. ¿Qué debemos considerar más importante en nuestra situación?*

**Carrón:** “Estar”. La semana pasada me contaba una amiga nuestra que está en Shangai que había invitado a un americano, un compañero de trabajo, por primera vez a la Escuela de comunidad. En un momento dado, nuestra amiga vio que un chino hablaba con el americano y le decía: «Mira, no te preocupes si no entiendes nada: estate con ellos y con el tiempo, entenderás. Estate, permanece, porque si estás con ellos comprenderás todo». Jesús no ha fundado una universidad: ha fundado la Iglesia, una compañía. ¿Qué es lo más importante a lo que nos ha invitado? A seguir. «Venid conmigo». Con Él todo se aprende; con Él, conviviendo con Él, somos introducidos en la realidad. Por eso, lo primero es “estar” con todo nuestro ser, con los ojos abiertos, con la razón, con la libertad, poniéndonos en juego, buscando entender, es decir, no con el encefalograma plano, sino dejándonos interpelar, dejándonos provocar. Poco a poco, con el tiempo, la vida cambia, como les pasó a los discípulos. Si estamos con todo nuestro ser, la vida cambia.

*Soy Rosella, de Florencia. Los Ejercicios han empezado con una pregunta sobre la certeza en Cristo. A mí, en estos momentos, me resulta particularmente fácil darme cuenta de la excepcionalidad*

*que he encontrado. Pero es también un momento en el que me debo plantear preguntas sobre mi futuro y me pierdo en las muchas hipótesis. Esta mañana me surgió una cuestión: ¿tener certeza sobre Cristo tiene que ver algo con tener certeza sobre mi futuro, con las elecciones de mi vida y con lo que me urge?*

**Carrón:** ¿Tienes certeza en el amor de tu madre?

*Sí.*

**Carrón:** ¿Y esto tiene algo que ver con el futuro? ¿Puedes pensar o imaginar que en el futuro ya no te querrá?

*No.*

**Carrón:** La certeza que tienes de Cristo atañe al futuro del mismo modo que la certeza que tienes ahora sobre tu madre: no puedes pensar que haya una sola circunstancia, por imprevista que sea, en la que no te quiera tu madre. Es que ni te lo imaginas. Por esto, la certeza que tienes del presente lo es justamente porque atañe también al futuro. ¡Gracias!



10 de diciembre de 2006  
Mañana

## SÍNTESIS

---

**Julián Carrón**

¿Sois conscientes de la gracia que se nos ha dado esta mañana? Para percatarse bastaría pensar por un momento en todo lo que ya hemos vivido hoy juntos. Nuestra humanidad es completamente abrazada tal como es, con todo su deseo y dramaticidad, sólo por el hecho de estar aquí, en una realidad concreta, física, “hecha” de rostros. Somos mirados de una forma nueva, intensa—desde que hemos escuchado la música al comienzo, o se nos ha propuesto rezar el *Angelus* y hemos rezado el salmo: «Mi gracia [Mi presencia] permanece para siempre»<sup>32</sup>, para ti y para mí—. ¿Nos damos cuenta? Por el hecho de pertenecer, de estar en un lugar como éste, sólo por el hecho de estar aquí, nuestra humanidad es completamente abrazada, independientemente de cómo seamos, de nuestro mal, de nuestros problemas e incomprensiones. ¿Quién puede en este mundo sentirse abrazado así?

Ahora bien, el gesto de oración que hemos realizado, ¿es para nosotros un mero acto pío, “devoto”, o es la afirmación de una realidad, de lo más intensamente real, más que todos mis estados de ánimo y mis problemas? «Su gracia, Su presencia, permanece para siempre; Su fidelidad está fundada en los siglos». La Iglesia nos educa, aunque sólo fuera mediante este gesto, a ensanchar nuestra razón: «Mira, la realidad es mucho más de lo que tú en este momento sientes, más que aquello que te preocupa, es algo más que eso a lo que la sueles reducir». Bastaría reconocer constantemente Su presencia para estremecernos cada mañana, para conmovernos hasta la médula.

Esta Presencia se ha dirigido a nosotros, pobre gente; nos ha mirado y nos sigue mirando con esta intensidad. Si no nos damos cuenta, no entendemos lo que hacemos: por Él, por Su abrazo, podemos retomar el camino cada mañana. Esto es lo primero que toca nuestro corazón; gracias a Su abrazo, en compañía de Su presencia, podemos perder el miedo a nosotros mismos y afrontar el día que comienza. Con esta mirada reiniciamos el camino de la certeza que hemos indicado. Su mirada nos permite reconocer lo que somos. ¿Qué somos? «Me he buscado a mí mismo. No se busca más que esto»<sup>33</sup>, escribía Pavese. Nos buscamos a nosotros mismos. En toda situación, en cada objeto que desea, el hombre sólo se busca a sí mismo. La pregunta que hemos elegido para los Ejercicios nos retrata: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo si luego se pierde a sí mismo?»<sup>34</sup>. Estamos aquí para acompañarnos a ser nosotros mismos. Nuestra compañía no tiene otra finalidad. Es ella la que nos permite estar sin miedo ante la confusión que nos rodea y tantas veces nos invade; ella nos hace vencer la violencia con la que tantos querrían “silenciar” nuestro corazón. Violencia y confusión no logran destruir la necesidad de buscarlos a nosotros mismos, ni sofocar nuestro deseo de plenitud.

El primer aspecto del camino es, por tanto, darnos cuenta de lo infinito de nuestro deseo, de lo que nuestro corazón desea. ¡Qué ternura tiene Jesús, que nos mira a cada uno diciendo: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero?»! Es verdad que uno puede ganar el mundo entero y luego perderse a sí mismo, porque el “sí mismo” de cada uno es más grande que el mundo: nuestro yo desea mucho más, el mundo entero no le basta. Podemos tener todo y perdernos. Es una gracia que haya uno que nos mire así, como Jesús, con verdad, que no nos liquide con satisfacciones baratas, que considere el deseo que nos constituye en toda su amplitud. Ahora se entiende lo que decíamos en la introducción: la soledad nace de la impotencia que sentimos porque no podemos satisfacer por nosotros mismos el deseo de totalidad que nos constituye, ni tampoco lo satisfacen los demás. Muchas veces este hecho nos parece una maldición: no entendemos que, en realidad, es la afirmación más poderosa que existe de la dignidad de nuestro yo.

Si amamos nuestra humanidad, nadie podrá tomarnos el pelo. Quien tiene conciencia de su humanidad y la usa, la pone en juego, juzga cualquier propuesta con ella, cualquier mirada, cualquier intento, está comparando constantemente todo con su corazón. Por eso nadie le puede engañar; conque, si nos toman el pelo, es

porque nos dejamos. Al habernos hecho así, el Misterio nos ha dado el instrumento del camino: «Mira, si quieres que no te engañe nadie toma lo que te he dado, tu corazón, tu humanidad, tu desproporción, este deseo de plenitud que te constituye, tómalo y haz buen uso de ello, ¡asume tu humanidad y compara todo con ella!». Esta frase de Lewis lo clava: «Lo que me gusta de la experiencia [que es vivir todo comparándolo con el corazón] es que se trata de algo honesto. Podéis dar mil vueltas erróneas [no hay que asustarse]; pero abrid los ojos y no se os permitirá avanzar sin que aparezca la señal justa. Os podéis haber engañado a vosotros mismos, pero la experiencia no engaña. El universo dice la verdad cuando le preguntáis honestamente»<sup>35</sup>. Uno puede ir por la carretera de Bari cuando en realidad quiere ir a Milán, pero la experiencia no lo engaña: no podrá ir muy lejos sin que aparezcan señales que le indiquen: «Te equivocas. ¿No ves que vas a Bari en vez de a Milán?». La experiencia no engaña. ¿Os dais cuenta de que tenemos el arma más poderosa, más nuestra, en medio de tanta confusión? Nadie, ni siquiera lo que yo os digo, puede vencerla. El corazón es tuyo –¡tuyo!–, y al mismo tiempo, es objetivo, no puedes cambiarlo. Podéis engañaros, pero (y esta es la belleza de un camino como el nuestro) también los errores sirven, porque de ellos se aprende.

Siempre estaré agradecido al movimiento y a don Giussani por haber puesto este instrumento en mis manos conscientemente. Yo ya tenía mi humanidad, es obvio, pero no era consciente de su alcance, de que tenía este corazón mío como instrumento para recorrer el camino, con capacidad de confrontarse con todo. Yo sabía –lo había aprendido en el seminario– qué era la humanidad, había estudiado lo que enseña la Iglesia sobre la desproporción del hombre; pero no conocía su alcance educativo y existencial. Me entusiasmó descubrirlo: me ha permitido tener un instrumento para caminar. Por eso le decía a don Giussani: «Siempre te estaré agradecido, porque desde entonces he podido hacer un camino humano, una recorrido humano».

Cuando uno tiene los ojos abiertos, posee la capacidad de descubrir si en medio del infierno hay algo que no lo es; la capacidad de juzgar y percibir el acento de lo verdadero, que es inconfundible. Se puede estar en las antípodas de esto por posición, historia personal o educación; pero cuando uno descubre algo verdadero le corresponde tanto, es tan adecuado a su humanidad, que lo reconoce de inmediato. Todos nosotros estamos convencidos de esta

verdad, los que ya llevamos tiempo y los que han venido por vez primera. El cristianismo es encontrar una humanidad distinta en nuestro camino, algo que se apodera de nosotros, una mirada, una presencia, una novedad, una humanidad distinta. Así se abre un horizonte nuevo ante nuestros ojos. Y es fácil entender qué nos sugiere este encuentro. Nadie debe decirnos qué movimiento hacer: si uno tiene un mínimo de pasión por su propia persona, por su destino, desea participar, estar aquí.

Entonces, como decíamos ayer, basta “estar”, seguir. En estos tiempos, en palabras de San Agustín, necesitamos una fe segura, que se manifiesta en una humanidad distinta, y en buenos amigos.<sup>36</sup> Las dos cosas van juntas, no se separan. Estar, seguir. ¿Cómo? Estar juntos no puede detener nuestro deseo de totalidad, la curiosidad por descubrir la razón de que existan cosas tan distintas. Hay que estar juntos en el trabajo, en la lucha, porque nos constituye un deseo de plenitud. No podemos estar juntos de forma mecánica, para ocupar el tiempo. No podemos engañarnos: somos amigos si caminamos unidos hacia el destino, si nos echamos una mano en el camino hacia el cumplimiento de nuestro deseo de plenitud. Os aseguro que si no es así, antes o después os marcharéis –si no camináis hacia el destino con vuestra novia la perderéis, como sucede en todas partes, porque el deseo es de totalidad–. Por este motivo, no podemos concebir nuestra amistad como un “qué bonito es estar juntos”: es hermoso si se está con los otros en lucha, en tensión. Yo no quiero que estar con vosotros reduzca ni un milímetro la intensidad de mi deseo de plenitud; no quiero, no me interesa una compañía así.

Por el contrario, ¡qué esplendorosa es una compañía donde se vive de forma consciente! Os miraba esta mañana consciente de que tenéis un corazón que desea todo: esto me impide reducir, tomaros el pelo, me hace entrar en comunión con vosotros, me permite sentirnos cercanos, compañeros, amigos, porque tenemos la misma vibración. Nosotros, que hemos sido alcanzados por el mismo acontecimiento –que ha entrado y se ha adueñado de nuestras vidas–, estamos aquí para dejarle espacio. Y tenemos un arma: se llama razón.

Nosotros, que tantas veces nos reducimos a nuestro estado de ánimo y nos encerramos en nuestro horizonte, en nuestras preocupaciones, en nuestros problemas, tenemos un arma: la razón. Usémosla, hay que blandir esta arma para no “cerrarse”: la realidad y nuestra exigencia son más grandes que nuestra me-

dida. Ayudémonos, por tanto, a abrir de par en par la razón, para no ahogarnos. ¿Cómo es posible no ahogarse? Dejando constantemente espacio al acontecimiento. Sean cuales sean las circunstancias, todo el mundo puede abrirse a esa mirada que le ha alcanzado y penetrado. ¿Quién podía impedir a Zaqueo que hiciese memoria, al día siguiente, una vez que se le habían abierto los ojos, de aquella mirada que Jesús le había dirigido? Nadie. Era indiferente el estado de ánimo con el que se había levantado, nadie podía impedirle ser él mismo, dar espacio a lo que le había sucedido, dejar entrar aquella mirada. Se llama “memoria”, memoria de una mirada presente: es algo presente y no un recuerdo; entró en la historia en un momento determinado y permanece hoy, nos alcanza hoy.

Nos resignamos a reducir la fe a nuestro intento ético de vivir una realidad que consideramos –como todos– repugnante. Esto no es la realidad: lo real no se puede reducir de esa manera. Por eso hay que “empuñar” la razón. Mira toda la fealdad, la oscuridad de la que hablas y dime, ¿eso es todo? ¿Puedes censurar esta mirada en la miseria, incluso cuando te sientes roto por tu mal, cuando te agobian tus preocupaciones? Eduquémonos a desafiar cada cosa, a blandir la razón para no quedarnos encerrados en nuestra medida, para no asfixiarnos en la celda. Así no nos veremos obligados, condenados, a huir.

¿Quién impide que reconozcamos su Presencia en cualquier enfermedad o dificultad? En esta situación en la que ya no me soporto, en un momento difícil, de preocupación, de enfermedad, yo, que lo veo todo fatal, si lo experimento así y soy consciente de ello, es porque existo; y si existo, no hay nada más evidente para mí mismo –ahora– que el hecho de que Otro me hace. Y esto no podéis evitarlo ni siquiera vosotros: existís. Podéis enfadaros con el mundo, pero estáis siendo hechos en este instante: esto no lo decidís vosotros. Como se dice en el Blues de Baldwin: «“Sabes que no creo en Dios, abuela”, dice Richard. “No decides tú”», le contesta ella<sup>37</sup>. Estás siendo hecho y, por tanto, hay Alguien que te quiere y te abraza. ¿Quién puede impedirnos abrir constantemente la ventana para no asfixiarnos y experimentar esa mirada?

En *Il Foglio* del viernes 8 de diciembre, Luigi Amicone contaba lo que ocurrió cuando su hija de diecinueve años enfermó de leucemia. Ante la rebeldía que produce una noticia así, ¿qué hizo para ayudarla? ¿Qué arma utilizó? Usó la razón. Le recordó que, por una enfermedad que padeció su madre durante el embarazo,

todo indicaba que ni siquiera iba a nacer: «Está hija morirá», le decía su mujer entre lágrimas. Y él decía: «Esta hija es un don, la vida no es nuestra, fiémonos». Le recordó justo esto. «Aquella hija que no debía nacer eres tú; pero has nacido, estás aquí. He aquí la verdad entera [sin reducciones]: el ser no nos pertenece a nosotros, sino a Otro». Lucilla permanece silenciosa, y no dice nada, asiente con la cabeza, dice su «sí, así es»<sup>38</sup>.

He aquí el instrumento de la razón. ¡No tiene nada que ver con el sentimentalismo! Cambia incluso el sentimiento de mí mismo, la percepción de mí, porque se introduce Otra cosa. La realidad entera es ésta, no aquello a lo que la reducimos. «Cuando me invade –escribe Van Gogh– mi terrible necesidad de religión [así llama él a la terrible necesidad de otra cosa] salgo fuera a pintar las estrellas, y sueño siempre un cuadro así, con todas las estrellas como un grupo de amigos vivos»<sup>39</sup>. Existe Algo a lo que abrir de par en par la mirada: uno puede mirar las estrellas, o decir la verdad sin tapujos a su hija, o puede, como nuestro amigo Nicola, que murió hace poco, vivir su enfermedad testimoniando que nada puede impedir que abramos nuestra ventana: «Me despierto por la mañana y doy gracias por estar aquí, y mi primer deseo es de curiosidad: ¿Cómo se me hará presente Cristo hoy? ¡Ahora! ¡Ya! [Ahora, ya. ¡No se trata de dejarlo para luego!] Después veo a mi padre que me trae el café y las medicinas, mi hermano que me ayuda en todo y lo mismo mi otro hermano, mi madre que está lista para cualquier cosa... ¿Qué puedo decir? Me siento querido y abrazado. Cuando entro en el búnker de la radioterapia, ¡nunca me siento solo! Me parece que tengo una compañía del otro mundo, empezando por don Gius, a quien pido siempre la Gracia»<sup>40</sup>. Podemos desafiar todo, lo repugnante, la enfermedad, cualquier tipo de situación, con lo que nos ha sucedido. Quien no hace este camino y se dedica sólo a calentar la silla nunca llegará a tener esta certeza. ¡No os lamentéis después! No se os ha prometido que tendréis certeza calentando la silla. ¡No! ¡Estamos juntos en el trabajo, ayudándonos en el camino que hemos dicho! ¡Quien no hace este camino nunca llegará a conocer quién es Cristo!

Si os digo todo esto es porque yo también creía que algo sabía. Después de todos los años de seminario –entré cuando tenía diez años–, tras diez años de sacerdote y el doctorado en Teología, pensaba que sabía algo. Pero el encuentro con el movimiento, como decía antes, fue lo que me ofreció la posibilidad de recorrer un camino humano y alcanzar una certeza razonable que nunca habría

podido imaginar. Creía que sabía quién era Cristo, pero no lo conocía: sólo en la experiencia se ha desvelado ante mis ojos quién es. No sabía que se pudiera manifestar de modo tan potente en la realidad, en las circunstancias. Y, de hecho, es en la realidad donde se manifiesta: no hay que aplicar instrucciones para el uso ni ser devotos. Desde entonces, todo se ha convertido en ocasión de descubrir quién es Cristo. Mi deseo ha encontrado su objeto y ya no es como un artefacto que puede explotar de un momento a otro: Su Presencia me ha sorprendido hasta el punto de cambiar mi deseo. Mi deseo ha cambiado porque ha encontrado su objeto. No es porque soy cura, sino porque he encontrado el objeto de deseo de mi humanidad: he alcanzado una plenitud que no osaba imaginar y me ha hecho “desplazar” incluso el deseo, lo ha desvelado en su verdad. Que cambie nuestro deseo, que empecemos a desear verdaderamente otra cosa, no puede ser el resultado de ninguna ética. Muchas veces dejamos de hacer lo prohibido por la moral. Muchos piensan que el cristianismo es una auténtica faena justo porque prohíbe ciertas cosas. La moral nunca cambiará el deseo: uno deja de hacer ciertas cosas porque no puede, si no, las haría. Por eso los cristianos que viven así están fastidiados ahora y lo seguirán estando, porque son, más o menos, como todos. A mí no me interesa esto y creo que tampoco a ninguno de vosotros. Yo quiero comprobar si hay algo que colme el deseo, que llene la vida más que las fantasías, las bravuconadas o las chorradas que se puedan imaginar; hasta de las estupideces se cansa uno, justo porque lo que quiere es la satisfacción, la plenitud y la felicidad, uno desea a Cristo. No estamos locos, somos gente que desea cada vez más la satisfacción y por eso desea a Cristo. Y no lo desea como objeto de devoción: un objeto de devoción, como la ética, no te cambia el deseo, no lo cumple. Sólo lo cumple algo real.

Este es el camino que tenemos por delante. La Escuela de comunidad es un instrumento decisivo para acompañarnos. En este momento de confusión, retomad *Huellas de experiencia cristiana*<sup>41</sup>, que es uno de los tres primeros textos con los que Giussani empezó y expresa de forma sintética los factores elementales de la experiencia cristiana. Añado una cuestión de método: no podemos permitirnos intervenir en la Escuela de comunidad si no lo hacemos desde la experiencia vivida. Hacer “discursos” –ya se trate de los “capos” o de quien sea– no sirve; más aún, agrava el nihilismo. Seamos fieles a la experiencia y midámonos con ella, porque nos hará cada vez más entusiastas de Cristo.



## Notas

- <sup>1</sup> Luigi Giussani, "Cómo nos hacemos cristianos", en *Huellas*, n.º 9, octubre 2006, p. 2.
- <sup>2</sup> *Lc* 9, 25.
- <sup>3</sup> Luigi Giussani, "Cómo nos hacemos cristianos", o. c. p.2.
- <sup>4</sup> Pier Paolo Pasolini, *Teorema*, Edhasa, 2005.
- <sup>5</sup> Novalis, *Frammenti*, BUR, Milán, 1976, p. 198.
- <sup>6</sup> F. W. Nietzsche, *La gaya ciencia e Idilios de Mesina*, Trad. Pedro Guillén de Segovia, Madrid, C.S.I.C., 1962.
- <sup>7</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1997, p. 60.
- <sup>8</sup> *Ibidem*, p. 61.
- <sup>9</sup> Benedicto XVI. *Homilía de la Santa Misa con los obispos suizos*, 7 de noviembre de 2006, publicado en *Huellas* n.º 11, diciembre 2006, pp. 80-82.
- <sup>10</sup> Luigi Giussani, *¿Por qué la Iglesia?*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2004, p. 18.
- <sup>11</sup> Luigi Giussani, *El sentido religioso*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1998, p. 41.
- <sup>12</sup> *Ibidem*, p. 29.
- <sup>13</sup> I. Calvino, *Las ciudades invisibles*, Siruela, Biblioteca Calvino n.º 3. Trad de Aurora Bernárdez.
- <sup>14</sup> Luigi Giussani, *¿Se puede vivir así?* Ediciones Encuentro, Madrid.
- <sup>15</sup> *Jn* 9, 1-41.
- <sup>16</sup> Luigi Giussani, *¿Se puede vivir así?*, o. c.
- <sup>17</sup> *Ibidem*.
- <sup>18</sup> *Ibidem*.
- <sup>19</sup> Luigi Giussani, *Crear huellas en la historia del mundo*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1999, p. 32.
- <sup>20</sup> C.Tresmontant, *L'intelligenza di fronte a Dio*, Jaca Book, Milán, 1981, pp. 58-59.
- <sup>21</sup> Luigi Giussani, *¿Por qué la iglesia?*, o. c., p. 24.
- <sup>22</sup> Luigi Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2001, Pág 62.
- <sup>23</sup> *Lc* 9, 25.
- <sup>24</sup> San Agustín, *De civitate Dei*, XIX, 8.
- <sup>25</sup> Luigi Giussani, *Avvenimento di libertà*, Marietti, Génova 2002, pp. 95-96.
- <sup>26</sup> *Jr* 31, 3.
- <sup>27</sup> *Lc* 19, 1-10.
- <sup>28</sup> *Jn* 6, 67-68.
- <sup>29</sup> L. Giussani, *Crear huellas...* o. c., pp. 37-38.
- <sup>30</sup> *Lc* 19, 5.
- <sup>31</sup> *ICo* 1, 6-7.
- <sup>32</sup> *Sal* 89, 3.
- <sup>33</sup> C. Pavese, *Diálogos con Leucó*. Tutsquets Editores, Barcelona, 2001.

<sup>34</sup> Lc 9,25.

<sup>35</sup> C. S. Lewis, *Cautivado por la alegría*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1989.

<sup>36</sup> San Agustín, *De civitate Dei*, o. c.

<sup>37</sup> Cf. J. Baldwin, *Blues per l'uomo bianco*, Feltrinelli, Milán, 1980, pp. 39-40.

<sup>38</sup> L. Amicone, "La palpebra di Carlo e la leucemia de mia figlia Lucilla", en *Il Foglio*, 8 de diciembre de 2006, p. 3.

<sup>39</sup> V. Van Gogh, *Cartas a Theo*, Barral Ediciones, Barcelona, 1972.

<sup>40</sup> "Nuevos programas", carta publicada en *Huellas*, n° 11, diciembre de 2006, p.10.

<sup>41</sup> Luigi Giussani: "Huellas de experiencia cristiana", en *El camino a la verdad es una experiencia*, o. c., pp. 59-89.



